

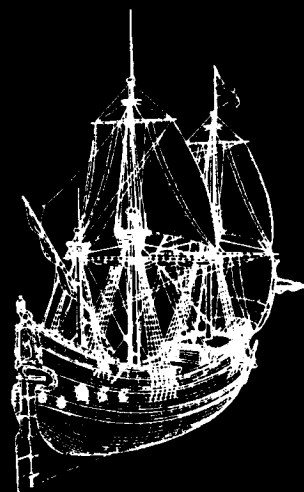
NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 248



* * * * *

*"... si el Estado
es mi pensamiento,
si el Estado
es mi voluntad,
si el Estado
es mi maestro,
doy en el absolutismo
porque el Estado
me roba mi alma."*



Emilio Castelar

* * * * *

Patrocinadores:

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

EL PINO, S. A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S. A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

MADERERIA LAS SELVAS, S. A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERERIA CARDENAS)

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

* * * * *

NORTE

TERCERA EPOCA

REVISTA HISPANO AMERICANA

No. 248

SUMARIO

CARTAS DE LA COMUNIDAD	5
EDITORIAL	6
SOCRATES ANTE SU MUERTE	10
DEMOSTENES ANTE LA DERROTA DE QUERONEA	12
ORACION DE CORTES ANTE SU EJERCITO DERROTADO	14
JUANA INES DE ASBAJE	15
EPITOME DE LA ELOCUCENCIA ESPAÑOLA. Francisco José Artiga	17
EMILIO CASTELAR	18
¿QUIEN MANDA EN EL MUNDO? José Ortega y Gasset	20
LA FAMILIA HISPANA EN LA FAMILIA UNIVERSAL. Salvador de Madariaga	23
LOS ARABES. Antonio Conde	26
DEL DIARIO DE GABINETE DE JOSEPHUS DANIELS	31
LA PALABRA HABLADA: EL VASTO MURAL. Félix Martí Ibáñez	32
ROGER VON GUNTEN. Juan García Ponce	37
CATARINA DE SAN JUAN. Fredo Arias de la Canal	46
LA NEUROSIS BASICA. Hugo Rosen	50
ERMILO ABREU GOMEZ (HOMENAJE)	53
TERTULIA EN TORNO A DON ERMILO. Ramón Sánchez Flórez	54
EN LA MONTANA DE HACAVITZ. Roberto Cabral del Hoyo	55
ERMILO ABREU GOMEZ (in memoriam). Carlo Antonio Castro	58
ERMILO ABREU GÓMEZ Y EL INCIENSO DE LAS PAJUELAS. Margarita Paz Paredes	59
ESCRITORES DEL 98. Víctor Maicas	60
SOBRE CASTELAR. Angel Pulido	62
GUILLERMO DE TORRE. Joaquim Montezuma de Carvalho	66
JOSE GOROSTIZA (estudio)	70
LA FUENTE TURBIA. Amable González	76
DOS POEMAS DE SOFIA ACOSTA	77
TRES POEMAS DE ALFONSO CADALZO RUIZ	78
TRES POEMAS DE ALBINO SUAREZ	78
PORTADA. Roger Von Gunten	79

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F. el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal L.A.E.

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego
Miguel Malo Zozaya

COORDINACION

Daniel García Caballero

DISEÑO GRAFICO
Jorge Silva Izazaga

SECCION POETICA

Juan Cervera

COLABORADORES: Víctor Maicas, Emilio Marín Pérez, Albino Suárez, Braulio Sánchez Saez, Joaquín Montezuma de Carvalho, Agustín Contin, Berenice Garmendia, Juan López, Ernesto Lehfeld Miller y Cuauhtémoc Reséndiz N.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S.A., Dr. Andrade 42 Tels.: 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F.

cartas cartas cartas cartas cartas cartas de la comunidad

De Plaza, Perú

Mucho agradezco el envío de la revista Norte, una de las más importantes de América y primera en la defensa de los derechos de la Hispanidad. Los grandes escritores que colaboran en ella, los importantes temas que trata, la calidad de la impresión, la belleza de las fotografías y lo atractivo del diagramado, la hacen más importante aún.

Miguel Antonio Varillas
De Monterrey, N. L.

He recibido los magníficos ejemplares de NORTE revista hispano-americana, verdadera bandera de los altos ideales que tantos hombres de habla hispana han hecho suyos para los años por venir.

Veó con agrado que nuestros verdaderos valores culturales se están reivindicando para hacer a un lado los planes exteriores de desorientación cultural masiva a que hemos sido sujetos durante 150 años, dentro del vasto programa a largo alcance para mantener en un estado de sujeción permanente a la América Española, a la que se ha reducido por el axioma "Divide y vencerás" a un grupo de naciones débiles y

por lo tanto enfermas que difícil será que puedan sobrevivir, dentro de la teoría darwinista, a la selección natural del más fuerte en los próximos siglos. Las grandes potencias observan a nuestras naciones de la misma forma en que nosotros lo hacemos con nuestros ixtleros y henequeneros cuya degeneración racial los lleva al exterminio paulatino pero seguro.

Dentro del desolador panorama de nuestro futuro económico, tanto peor cuanto más se burocratice, nos queda, como hombres hispanos, la responsabilidad ineludible ante la historia de salvar nuestra cultura, única cosa que sobrevivirá cuando haya muerto nuestra civilización.

Por último, y saliéndome del tema, le ruego me aclaren si se ha reproducido el libro de la Descriptione della gran citta e isola Temistitan.*

Fernando Bravo

*Este rarísimo libro lo posee don Manuel Porrúa, quien nos hizo el favor de facilitarnos una copia de la carátula, y entendemos que no ha sido traducido ni reproducido. Este grabado de la ciudad de Temistitan lo publicamos en nuestros números 242 y 245.

EDITORIAL

LA RETORICA

En homenaje al insigne
orador español que fue el
doctor don Félix Martí
Ibáñez.

EL DIRECTOR

Si cierto es que lo que más une a un pueblo son sus glorias o sus tristezas comunes, el enlace espiritual de sus comunes recuerdos no puede ser otra cosa que la lengua que junto con la historia componen los elementos básicos de la nacionalidad, pues lógico es que los grandes apologistas de la patria tengan por fuerza que ser los grandes retóricos, consumados oradores que tienen la facultad de amoldar la lengua a los más excelsos sentimientos del espíritu, a los conceptos más abnegados de la humanidad, y a la dinámica vital de todo progreso; pero que con la demagogia pueden desviar el destino de las gentes hacia los profundos abismos de la guerra y del suicidio.

Egregios oradores han surgido en aquellos pueblos que poseían el concepto ideal de la dignidad, del amor propio, del buen nombre, del honor, de la vergüenza, pueblos cuyos hombres no concebían la vida cuando se había perdido la honra, y de estos pueblos ha dado dos ejemplos la historia: Grecia la descubridora de Europa y España la descubridora de América. Sólo los griegos y los españoles pudieron parir Homeros, Demóstenes, Camoens y Castelares, porque los oradores de otras latitudes, aunque poseedores de ingenio, no tenían epopeyas que contar, tales como las de estas dos inclitas naciones.

Por esta razón nos dice Castelar: **"Y todos los pueblos han adorado a sus oradores, a sus poetas, a sus filósofos, a sus escritores de genio, porque en sus obras traen y conservan algo más que su ciencia y su arte: traen y conservan el genio nacional"**. (De su Historia del movimiento republicano en Europa. T. III).

Recordemos a Demóstenes impugnando a Esquines: **La República de Atenas no debía cambiar de conducta a poco que estimase su propia gloria, la gloria de sus antepasados y el juicio de la posteridad.**

Observemos a Castelar identificarse con la gloria nacional: **"Yo quiero ser español y sólo español; yo quiero hablar el idioma de Cervantes; quiero recitar los versos de Calderón; quiero teñir mi fantasía en los matices que llevaban disueltos en sus paletas Murillo y Velázquez; quiero considerar como mis pergaminos de nobleza nacional la historia de Viriato y el Cid..."** (Del Discurso en el Parlamento del 30 de julio de 1873).

Es pues, la oratoria un arte en que se nota una relación psicológica entre el retórico y el público, pues

éste parece captar las emociones de aquél, ora por conocimiento, ora por intuición. Si sólo se siguieran las reglas establecidas para la oratoria habría magníficos oradores que no hay. Leamos estos versos de Sor Juana, en su poema "Para quien quisiere oír":

Su **exordio** fue Concepción
libre de la infausta suerte;
su vida la **narración**,
la **confirmación** su Muerte
su **epílogo** la Asunción.

Exordio, narración, confirmación y epílogo, son sólo partes de la oración, son sólo su estructura, su esqueleto. Leamos a Francisco José Artiga en su "**Epítome de la elocuencia española**", cómo define el

exordio:

Por causar benevolencia
y docilidad a un tiempo
y atención que es lo más grato
que hace al orador discreto.

la narración:

Es un modo de ilustrar
con elegantes conceptos
la cuestión, sermón o asunto
de embajada, carta o cuento.

la confirmación:

Es una prueba real,
donde todo lo propuesto,
y narrado lo defiende
y prueba con argumentos.

El epílogo es la parte
última, en donde el discreto
orador con más primores
esgrime el valiente acero.

Es un primor, un alarde,
un rayo, donde el ingenio,
hecho un tahur de elocuencia
arroja en él todo el resto.

Ha de ser la mejor gala
porque a los ya dichos textos
has de volver a vertirlos
con otros ricos conceptos.

Es el orador un hombre cuyos sentimientos, cuyas emociones y exaltaciones transmite al público, quien deviene identificado con su sublimación y extasiado con los bellos conceptos vertidos. Nos dice Angel Pulido que los oyentes de Castelar se alzaban en masa "**con tempestades de aplausos y orgasmos frenéticos que solamente viéndolos se podían concebir**".

Esta identificación la plasmó Artiga así:

Y es tanta la simpatía
que entre los hombres tenemos
que si vemos reír, reímos
lloramos, si llorar vemos.

El orador, para serlo, debe de manejar los afectos, o sea, sus sentimientos, de manera despejada, variada, clara y cuidadosa, pero sobre todo vigorosa. Oigamos a Demóstenes:

Pero no, atenienses, no habeis cometido falta alguna al arriesgaros por la salvación de la libertad de todos los griegos, lo juro por aquellos de vuestros antepasados que expusieron su vida en Maratón.

Escuchemos a Cortés:

Nunca hasta aquí se vio en estas Indias y Nuevo-Mundo, que españoles atrás un pie tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen (...) porque nunca el español dice a la guerra de no, que lo tiene por deshonra y caso de menos valer.

Qué inflamación la de Castelar cuando nos dice:

... la patria, cuya historia es nuestra misma historia, cuya honra es nuestra misma honra, cuyos dolores son nuestros dolores, cuyas esperanzas son nuestras esperanzas, porque en su seno guarda las cenizas de nuestros padres, las reliquias de todo lo que hemos respetado y querido; porque está amasada con la sangre de nuestros progenitores.

De los afectos nos dice Artiga:

Mas han de ser tan ardientes
que en tu voz estén ardiendo
porque un carbón apagado
nunca da a los otros fuego.



Quizá no haya una alegoría que mejor represente la relación del orador con el escucha que la citada por José Carral en la Aprobación que hace al libro de Artiga en el año de 1725.

D. Francisco de Artiga merece llamarse Hércules de la elocuencia española, y que en el templo de la erudición y de la fama le pinten del mismo modo que el famoso jurisperito Andrés Alciato pintó en un emblema al Hércules Gálico con unas cadenas de oro, que saliendo de su boca, aprisionaban muchos hombres, los cuales estaban gustosamente pendientes de la boca de aquel héroe, bien hallados en la prisión de su elocuencia, que no infama, antes acredita la nobleza del albedrío.

Tal parece que el orador al vertir sus melodiosas sentencias está alimentando con leche y miel a los sedientos oyentes, quienes extasiados de tanta belleza espiritual prorrumpan en estallidos de agradecimiento. Leamos a Artiga:

En cuyo enriscado monte (Parnaso)
pródiga Heliconda abunda
tantas fuentes de agudeza
como tropos y figuras.

De las cuales los raudales
de elegancia se apresuran
a saciar como cristales
la ardiente sed de las musas.

Leamos a Castelar en su discurso sobre la mujer. (Sevilla, abril de 1872):

Beatrice, esparciendo las luminosas estrellas recogidas en el cielo sobre el alma del poeta; en el siglo XIV, Laura trayendo la miel de la inspiración en sus labios.

Y libemos la miel de su discurso de ingreso a la Real Academia de la Lengua:

...se levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan músicas que abren el sentir a la adivinación de las palabras antes de saberlas.

Observemos que los oradores como los poetas "se ven arrastrados por un entusiasmo igual al de las bacantes, que en sus movimientos y embriaguez sacan de los ríos leche y miel", como nos lo dice Sócrates en el Ion.

Pero como todo buen orador tiene alma de poeta es un Narciso que le agrada mirarse en el espejo de sus fuentes estéticas, corriendo el peligro de ahogarse como lo hizo el dios mitológico. Todo orador juega con la idea de la muerte y le imbuye a su auditorio una emoción de temor-placer:

Oigamos a Demóstenes:

...aquellos que han librado combate naval, ya en Artemisa, cuyos cuerpos reposan en las tumbas públicas. El estado les concedió a todos los mismos honores, la misma sepultura.

Escuchemos a Cortés:

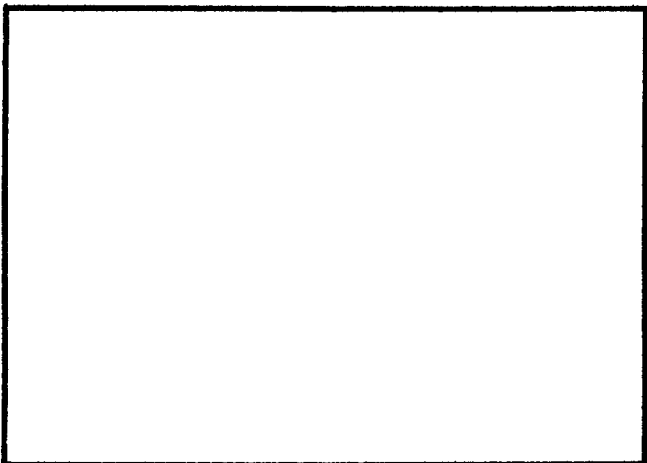
Y porque veais ser esto y todo lo que dicho tengo, así quiero probarlos y probaros contro los de Tepeacac, que mataron los otros días doce españoles; y si mal nos sucediere la ida, haré lo que pedís, y si bien, hareis lo que os ruego.

Leamos a Artiga:

Nada fuimos
nada somos, nada hacemos
en la nada de las nada
que es la nada del entierro.

Meditemos sobre esta arenga de Castelar:

...todos los hombres, todos los pueblos, lo mismo los cosacos de Moscú, que los atenienses... todos vuelven hacia esta tierra los ojos, y todos enseñan, mostrando a los suyos nuestras ruinas humeantes, cómo se pelea contra los invasores, y cómo se muere por la libertad y por la patria. (Discurso del día 3 de noviembre de 1870).



Haciendo un poco de historia de la retórica vemos cómo los griegos la consideraban un arte liberal que de acuerdo con Gorgias: "su finalidad principal era la persuasión", si bien es cierto que ayudada por otras dos artes liberales: la gramática —arte de escribir y hablar correctamente— y la lógica —artè de pensar correctamente. Nos dice Aristóteles en su *Retórica* que la habilidad oratoria consiste en: "(1) razonar lógicamente, (2) comprender el carácter y bondad humanos en sus varias formas, y (3) comprender las emociones... para saber sus causas y la manera en que éstas se excitan", con lo que nos da a entender el maestro que la retórica necesita por fuerza de la psicología y de la ética. Divide pues Aristóteles la retórica en tres partes, la primera concerniente a la invención, la segunda a la disposición u orden del discurso, y la tercera a los problemas de expresión. La invención persuade, la disposición estructura y la expresión estila. Por otro lado, Cicerón le atribuye tres finalidades a la retórica que son: enseñar, deleitar, y conmover, que se reducen a lo ya dicho por los griegos.

Madariaga nos dice que así como el hombre de pensamiento se debe a la verdad, el hombre político se debe a la acción. Es por lo tanto la oratoria un arma poderosa de persuasión en manos del político, quien, como todo ser humano, en ocasiones se deja llevar por sus fantasías de omnipotencia y de rescate que ayudadas de alguna creencia dogmática, de hecho, ha llevado a los pueblos a la guerra civil, puesto que la demagogia es un arma mortal que utilizan aquellos que tienen una gran predisposición inconsciente hacia la autodestrucción, por lo que irremisiblemente llevan a sus pueblos al matadero. Es pues de considerarse seriamente que el demagogo es el enemigo civil número uno.

Castelar fue un hombre que sufrió el tormento de conocer cuán peligrosa era su palabra, y de las semillas que había plantado su pasión habría de arrepentirse amargamente cuando vio crecer las plantas de la violencia. Escuchémoslo:

¿Queréis una democracia demagógica? ¡Ah, señores! Si yo fuera elocuente, si yo tuviese las lenguas de fuego llovidas por el espíritu divino sobre la cabeza de los apóstoles, si yo poseyera esa luz de la inspiración, si yo pudiera recoger el genio de la palabra que vaga por este recinto que tan grandes oradores ha suscitado, y pudiera prenderla a mis labios condensándolo en una

frase, os rogaría rendido y casi de rodillas que no produjeráis la reacción, porque trae las revoluciones; que dierais seguridad en el puesto de todas las libertades a la santa madre que llora las insensateces de sus hijos, al objeto de nuestro culto, al ídolo de nuestra vida, a nuestra hermosa y desgraciada España. (Discurso en el Parlamento del 17 de noviembre de 1876).

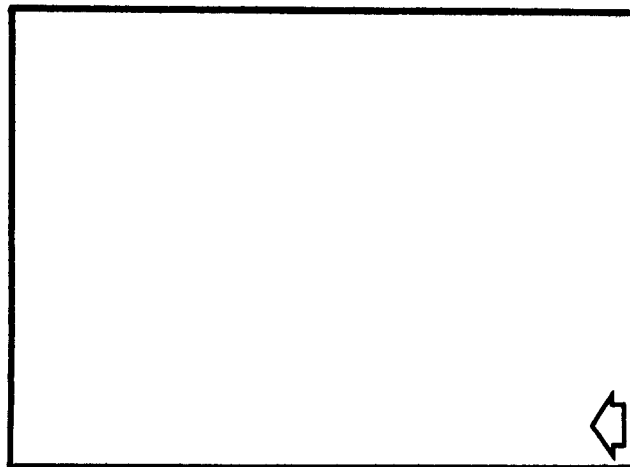
Más tarde habría de defenderse agresivamente Castelar ante un reproche que más que de índole exterior, provenía de su propia conciencia, en su discurso en el Parlamento del 28 de febrero de 1878:

Sí, desgraciados, confesad que somos los artífices únicos de nuestras desgracias.

El propio biógrafo de Castelar: Angel Pulido resumió en estas palabras la tragedia del más grande orador de todos los tiempos:

Mal calculador entonces de las tremendas e incontestables fuerzas que rigen la vida de los pueblos y las evoluciones de la historia, entregado a la deplorable inexperiencia en que incurren las ardientes imaginaciones de los apasionados políticos, siempre fáciles a la obra de desatar tempestades que luego no pueden reprimir, no acertó a comprender con cuanta exactitud la patria era un ser real, dotado de carne, sangre y nervios, de temperamento y hábitos, de idiosincrasia y fatalidades biológicas hereditarias... y que, por esto, violentar los resortes de su organización y las leyes de su existencia con alteraciones y cambios bruscos, era condenarla a gravísimas enfermedades y a peligros de muerte.

* * * * *



FORO DE NORTE

SOCRATES ANTE SU MUERTE

En verdad, atenienses, por demasiada impaciencia y precipitación vais a cargar con un baldón y dar lugar a vuestros envidiosos enemigos a que acusen a la república de haber hecho morir a Sócrates, a este hombre sabio porque, para agravar vuestra vergonzosa situación, ellos me llamarán sabio aunque no lo sea. En lugar de que si hubieseis tenido un tanto de paciencia, mi muerte venía de suyo y hubieseis conseguido vuestro objeto, porque ya veis que, en la edad que tengo, estoy bien cerca de la muerte. No digo esto por todos los jueces, sino tan sólo por los que me han condenado a muerte y a ellos es a quienes me dirijo. ¿Creéis que yo hubiera sido condenado si no hubiera reparado en los medios para defenderme? ¿Creéis que me hubieran faltado palabras insinuantes y persuasivas? No son las palabras, atenienses, las que me han faltado; es la impudencia de no haberos dicho cosas que hubierais gustado mucho de oír. Hubiera sido para vosotros una gran satisfacción haberme visto lamentar, suspirar, llorar, suplicar y cometer todas las demás bajezas que estáis viendo todos los días en los acusados. Pero, en medio del peligro, no he creído que debía rebajarme a un hecho tan cobarde y tan vergonzoso y, después de vuestra sentencia, no me arrepiento de no haber cometido esta indignidad, porque quiero más morir después de haberme defendido como me he defendido que vivir por haberme arrastrado ante vosotros. Ni en los tribunales de justicia ni en medio de la guerra debe el hombre honrado salvar su vida por tales medios. Sucede muchas veces, en los combates, que se puede salvar la vida muy fácilmente arrojando las armas y pidiendo cuartel al enemigo y lo mismo sucede en todos los demás peligros; hay mil expedientes para evitar la muerte cuando está uno en posición de poder decirlo todo o hacerlo todo. **¡Ah, atenienses, no es lo difícil evitar la muerte; lo es mucho más evitar la deshonra, que marcha más ligera que la muerte!** Esta es la razón porque, viejo y pesado como estoy, me he dejado llevar por la más pesada de las dos, la muerte; mientras que la más ligera, el crimen, está adherida a mis acusadores, que tienen vigor y ligereza. Yo voy a sufrir la muerte, a la que me habéis condenado; pero ellos sufrirán la iniquidad y la infamia a que la verdad los condena. Con respecto a mí, me atengo a mi castigo y ellos se atenderán al suyo. En efecto, quizá las cosas han debido pasar así y, en mi opinión, no han podido pasar de mejor modo.

¡Oh, vosotros que me habéis condenado a muerte, quiero predeciros lo que os sucederá, porque me veo en aquellos momentos cuando la muerte se aproxima en que los hombres son capaces de profetizar el porvenir! Os lo anuncio, vosotros que me hacéis morir: vuestro castigo no tardará cuando yo haya muerto y será, por Zeus!, más cruel que el que me imponéis. En deshaceros de mí sólo habéis intentado descargaros del importuno peso de dar cuenta de vuestra vida, pero os sucederá todo lo contrario; yo os lo predigo.

Se levantará contra vosotros y os reprenderá un gran número de personas, que han estado contenidas por mi presencia, aunque vosotros no lo apercebáis; pero, después de mi muerte, serán tanto más importunos y difíciles de contener, cuanto que son más jóvenes, y más os irritaréis vosotros, porque si creéis que basta matar a uno para impedir que otros os echen en cara que vivís mal, os engañáis. Esta manera de libertarse de sus censores ni es decente ni posible. La que es a la vez muy decente y muy fácil es no cerrar la boca a los hombres, sino hacerse mejor. Lo dicho basta para los que me han condenado y los entrego a sus propios remordimientos.

Con respecto a los que me habéis absuelto con vuestros votos, atenienses, conversaré con vosotros con el mayor gusto, mientras que los Once estén ocupados y no se me conduzca al sitio donde deba morir. Concededme, os suplico, un momento de atención, porque nada impide que conversemos juntos, puesto que da tiempo. Quiero deciros, como amigos, una cosa que acaba de sucederme y explicaros lo que significa. Sí, jueces míos (y llamándoos así no me engaño en el nombre); me ha sucedido hoy una cosa muy maravillosa. **La voz divina de mi demonio familiar, que me hacía advertencias tantas veces y que en las menores ocasiones no dejaba jamás de separarme de todo lo malo que iba a emprender, hoy, que me sucede lo que veis y lo que la mayor parte de los hombres tienen por el mayor de todos los males, esta voz no me ha dicho nada,** ni esta mañana cuando salí de casa, ni cuando he venido al tribunal, ni cuando he comenzado a hablaros. Sin embargo, me ha sucedido muchas veces que me ha interrumpido en medio de mis discursos **y hoy a nada se ha opuesto, haya dicho o hecho yo lo que quisiera.** ¿Qué puede significar esto? Voy a decíroslo. **Es que hay trazas de que lo que me sucede es un gran bien y nos engañamos todos, sin**

duda, si creemos que la muerte es un mal. Una prueba evidente de ello es que si yo no hubiese de realizar hoy algún bien; el dios no hubiera dejado de advertírmelo como acostumbra.

Profundicemos un tanto la cuestión, para hacer ver que es una esperanza muy profunda la de que la muerte es un bien.

Es preciso de dos cosas una: o la muerte es un absoluto anonadamiento y una privación de todo sentimiento o, como se dice, es un tránsito del alma de un lugar a otro. Si es la privación de todo sentimiento, un dormir pacífico que no es turbado por ningún sueño, ¿qué mayor ventaja puede presentar la muerte? Porque si alguno, después de haber pasado una noche muy tranquila sin ninguna inquietud, sin ninguna turbación, sin el menor sueño, la comparase con todos los demás días y con todas las demás noches de su vida y se le obligase a decir, en conciencia, cuántos días y noches había pasado que fuesen más felices que aquella noche, estoy persuadido de que no sólo un simple particular, sino el mismo gran rey, encontraría bien pocos y le sería muy fácil contarlos. Si la muerte es una cosa semejante, la llamo con razón un bien; porque entonces el tiempo, todo entero, no es más que una larga noche.

Pero si la muerte es un tránsito de un lugar a otro y si, según se dice, allá abajo está el paradero de todos los que han vivido, ¿qué mayor bien se puede imaginar, jueces míos? Porque si al dejar los jueces prevaricadores de este mundo, se encuentra en los infiernos a los verdaderos jueces, que se dice que hacen allí justicia, Minos, Radamanto, Eaco, Triptolemo y todos los demás semidioses que han sido justos durante su vida, ¿no es éste el cambio más dichoso? ¿A qué precio no compraríais la felicidad de conversar con Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero? Para mí, si es esto verdad, moriría gustoso mil veces. ¿Qué transporte de alegría no tendría yo cuando me encontrase con Palamedes, con Ajax, hijo de Telamón, y con todos los demás héroes de la antigüedad que han sido víctimas de la injusticia? ¿Qué placer el poder comparar mis aventuras con las suyas! Pero aún sería un placer infinitamente más grande para mí pasar allí los días, interrogando y examinando a todos estos personajes, para distinguir los que son verdaderamente sabios de los que creen serlo y no lo son. ¿Hay alguno, jueces míos, que no diese todo lo que tiene en el mundo por examinar al que condujo un

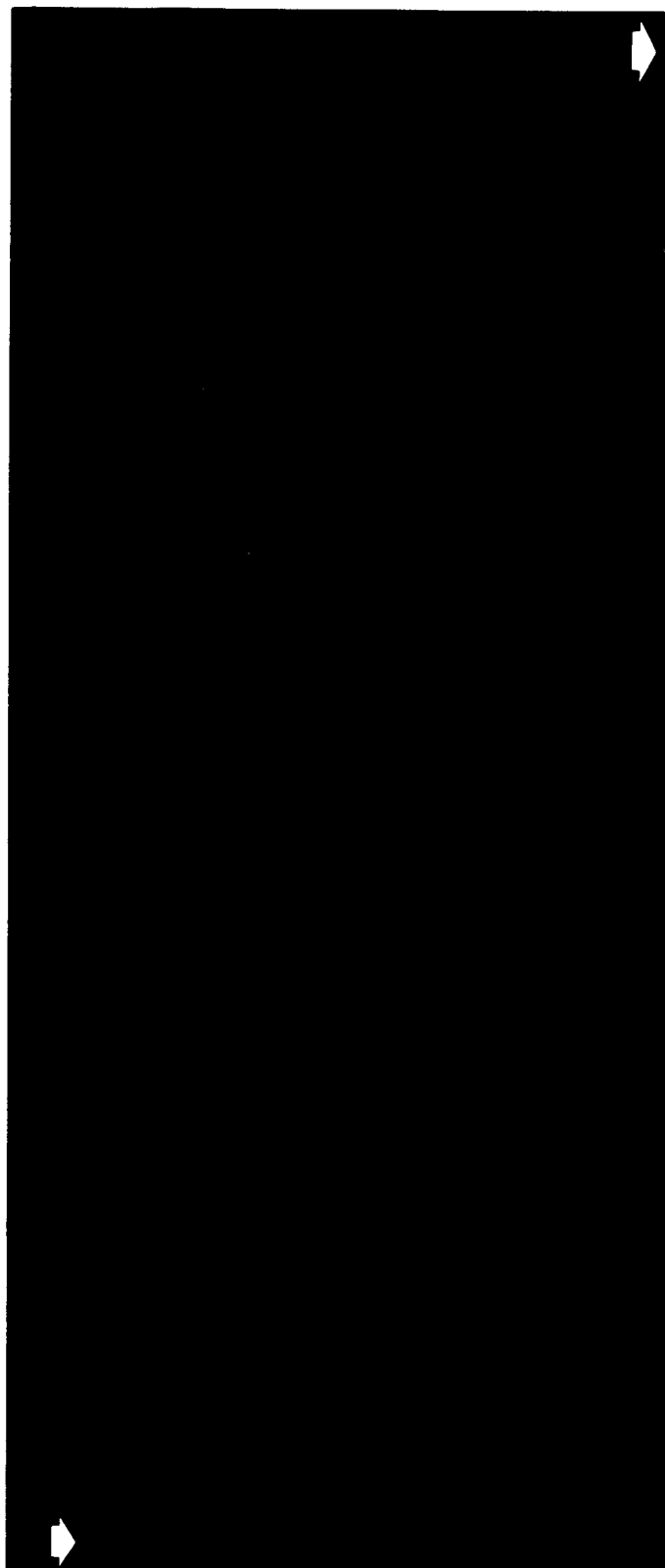
numeroso ejército contra Troya, u Odisea o Sísifo, y tantos otros, hombres y mujeres, cuya conversación y examen serían una felicidad inexplicable? Estos no harían morir a nadie por este examen, porque, además de que son más dichosos que nosotros en todas las cosas, gozan de la inmortalidad, si hemos de creer lo que se dice.

Esta es la razón, jueces míos, para que nunca perdáis las esperanzas aun después de la tumba, fundados en esta verdad: que no hay ningún mal para el hombre de bien ni durante su vida ni después de su muerte; y que los dioses tienen siempre cuidado de cuanto tiene relación con él; porque lo que en este momento me sucede a mí no es obra del azar y estoy convencido de que el mejor partido para mí es morir desde luego y libertarme así de todos los disgustos de esta vida. **He aquí por qué la voz divina nada me ha dicho en este día.** No tengo ningún resentimiento contra mis acusadores ni contra los que me han condenado, aun cuando no haya sido su intención hacerme un bien, sino, por el contrario, un mal, lo que sería un motivo para quejarme de ellos. **Pero sólo una gracia tengo que pedirles. Cuando mis hijos sean mayores, os suplico los hostigéis, los atormentéis como yo os he atormentado a vosotros,** si veis que prefieren las riquezas a la virtud y que se creen algo cuando no son nada; no dejéis de sacarlos a la vergüenza si no se aplican a lo que deben aplicarse y creen ser lo que no son; porque así es como yo he obrado con vosotros. Si me concedéis esta gracia, lo mismo yo que mis hijos no podremos menos de alabar vuestra justicia. Pero ya es tiempo de que nos retiremos de aquí, yo para morir, vosotros para vivir. ¿Entre vosotros y yo, quién lleva la mejor parte? Esto es lo que nadie sabe, excepto Dios.

Tomado de *Diálogos de Platón*. Editorial Porrúa. México 1971.

FORO DE NORTE DEMOSTENES ANTE LA DERROTA DE QUERONEA

Aun cuando el porvenir hubiera sido conocido de todos los atenienses, y todos los atenienses hubieran previsto que tú, Esquines, hubieses predicho nuestra derrota anunciándola a voz en cuello, tú, que no has abierto la boca, **la República de Atenas no debía cambiar de conducta a poco que estimase su propia gloria, la gloria de sus antepasados y el juicio de la posteridad.** Ahora se ve que ha fracasado en una empresa, como puede ocurrir a todos los hombres, si así place al Ser Supremo, pero entonces se la hubiera acusado de haber pretendido mandar a los griegos entregándolos a Filipo, si hubiera desistido de aquella pretensión. Si hubiera cedido sin combate esas cosas importantes por las cuales nuestros padres han desafiado todos los peligros. ¿Quién no hubiera sentido el más profundo desprecio por ti, Esquines?; porque este desprecio no hubiera caído ni sobre la República ni sobre mí, su ministro. ¿Con qué ojos ¡dioses poderosos!, veríamos acudir aquí a todos los griegos que hubieran empuñado las armas sin nosotros, para oponerse a semejante deshonor, si Filipo hubiera sido nombrado jefe y árbitro de la Grecia? Y esto cuando **Atenas en ningún tiempo ha preferido una seguridad vergonzosa a los riesgos y peligros honorables.** ¿Quién de los griegos, quién de los bárbaros ignora que los tebanos, que los lacedemonios, que tenían el poder antes que ellos, que el Rey de Persia, nos hubieran dejado con gusto todas nuestras posesiones y hasta nos hubiesen concedido todas nuestras demandas, si hubiéramos querido recibir la Ley, y permitir que otro mandase a los griegos? Pero indudablemente esta conducta no era soportable para los atenienses; **no estaba ni en sus costumbres ni en su naturaleza; no, jamás se ha podido persuadir a la República de Atenas a que se sometiera a pueblos poderosos e injustos, ni que comprase su salvación a costa de su libertad; por el contrario, en todos los tiempos se ha visto combatir por la preeminencia y arriesgar por el honor y por la gloria; y este modo de proceder os parece tan hermoso, tan conforme a vuestro carácter, que colmáis de elogios a aquellos de vuestros antepasados que lo han seguido, y tenéis razón.** ¿Quién no admiraría, en efecto, el valor y la resolución de esos grandes hombres, que, abandonando su ciudad y su país, han tripulado sus barcos para evitar el someterse a la voluntad de otros? Temístocles, que les daba este consejo, fue elegido general; Cirsilo, que les aconsejaba someterse, fue lapidado por vosotros y no solamente él, sino que hasta su



mujer fue apedreada por las vuestras; porque los atenienses de entonces, no buscaban un orador ni un general que les procurase una dichosa esclavitud; **aquellos altivos republicanos hubieran preferido no vivir a vivir esclavos.** Cada uno de ellos pensaba que no había nacido solamente para sus padres y para sus parientes, sino para su patria ante todo.

Si pues, me atreviese a decir que soy yo, Demóstenes, quien os inspiraba sentimientos dignos de vuestros antepasados no habría nadie que no tuviese el derecho de reprenderme, pero declaro que vuestras magnánimas resoluciones han producido de vosotros mismos; demuestro que la República pensaba antes que yo con la misma nobleza, al mismo tiempo que sostengo haber coadyubado a sus esfuerzos generosos, y el acusador al imputármelo todo a mí solo y al animaros contra mí, como si yo fuera la causa de vuestros peligros y de vuestras alarmas, **no trata sino de arrebatarme una corona en el tiempo presente, pero os robaría a vosotros, al mismo tiempo, los elogios de los siglos que están por venir.** Porque si condenando al autor del decreto, censuráis mi administración, parecéis haber cometido una falta y no haber conocido los injustos rigores de la fortuna. Pero no, atenienses, **no habéis cometido falta alguna al arriesgaros por la salvación de la libertad de todos los griegos;** lo juro por aquellos de vuestros antepasados que expusieron su vida en Maratón, y por aquellos que la ciudad de Platea ha visto formados en batalla, y por aquellos que han librado combate naval, ya en Artemisa, cuyos cuerpos reposan en las tumbas públicas. El Estado les concedió a todos los mismos honores, la misma sepultura; sí, Esquines, a todos, no solamente a aquellos cuyo valor fue secundado por la fortuna. Esta conducta era justa; todos habían cumplido con su deber de valientes, pero su suerte fue la que el soberano Ser destina a cada uno.

Después de esto, calumniador execrable, miserable escribano, a fin de arrebatarme con la corona la estimación y la benevolencia de los atenienses, **no has detallado las bellas acciones, los combates, los trofeos de nuestros antepasados;** ¿tenía esta causa necesidad de tales consideraciones?... en cuanto a mí, orador de la República que quería incitarla a combatir por la preeminencia ¿qué sentimientos, histrión indigno, debiera manifestar en la tribuna?, ¿los de un hombre capaz de aconsejarle bajezas? La muerte hubiera sido entonces mi justa recompensa.

Por último, atenienses, no se deben juzgar de igual modo las causas de los particulares y las causas importantes que interesan al gobierno; **la única ley que se debe consultar es la gloria de nuestros mayores.**

A vista de esto, me preguntas Esquines ¿por qué virtudes pretendo que se me decreten coronas? Pues yo te respondo sin titubear: porque en medio de nuestros magistrados y de nuestros oradores, generalmente corrompidos por Filipo y Alejandro, siendo tú el primero de ellos, **he sido el único a quien ni las delicadas y críticas circunstancias, ni las persuaciones, ni las promesas magníficas, ni la esperanza, ni el temor, ni el favor ni cosa alguna de este mundo me han podido mover a que desista de lo que creía favorable a los derechos e intereses de la patria:** porque cuantas veces he aventurado mi parecer y mis propios consejos, no lo he hecho como tú, cual mercenario, que semejante a una balanza siempre se inclina al lado que recibe más peso; sino que una intención justa y recta ha dirigido siempre todos mis pasos; porque en fin, llamado y exaltado más que ninguno otro de mis tiempos a los primeros empleos, los he servido y desempeñado con una religiosidad escrupulosa y con una perfecta integridad. Por esto pido que se me decreten coronas.

FORO DE NORTE ORACION DE CORTES ANTE SU EJERCITO DERROTADO

Yo, señores, haría lo que me rogáis y mandáis, si os cumpliese, porque no hay ninguno de vosotros, cuanto más todos juntos, por quien no ponga mi hacienda y vida si lo há menester, pues a ello me obligan cosas que, si no soy ingrato, jamás las olvidaré. Y no penséis que no haciendo esto que ahincadamente pedís, disminuyo o desprecio vuestra autoridad, pues muy cierto es que con hacer al contrario la engrandezco y le doy mayor reputación; porque yéndonos se acabaría, y quedando, no sólo se conserva, mas se acrecienta. ¿Qué nación de las que mandaron el mundo no fue vencida alguna vez? ¿Qué capitán, de los famosos digo, se volvió a su casa porque perdiese una batalla o le echasen de algún lugar? Ninguno ciertamente; que si no perseverara, no saliera vencedor ni triunfara. El que se retira, huyendo parece que va, y todos le chiflan y persiguen; **al que hace rostro, muestra ánimo y está quedo, todos le favorecen o temen.** Si nos salimos de aquí pensarán estos nuestros amigos que de cobardes lo hacemos, y no querrán más nuestra amistad; y nuestros enemigos, que de medrosos; y así, no nos temerán, que sería harto menoscabo de nuestra estimación. ¿Hay algunos de nosotros que no tuviese por afrenta si le dijese que huyó? Pues cuantos más somos tanta mayor vergüenza sería. Maravillome de la grandeza de vuestro invencible corazón en batallar, que soléis ser codiciosos de guerra cuando no la tenéis, y bulliciosos teniéndola; y ahora que se os ofrece tal y tan justa y tan loable, la rehusáis y teméis; cosa muy ajena de españoles y muy fuera de vuestra condición. ¿Por ventura la dejáis porque a ella os llama y convida quien mucho blasona del arnés y nunca se le viste? **Nunca hasta aquí se vio en estas Indias y Nuevo-Mundo, que españoles atrás, un pie tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen, y ¿queréis que digan: "Cortés y los suyos se tornaron estando seguros, hartos y sin peligro?"** Nunca Dios tal permita. Las guerras mucho consisten en la fama; pues ¿qué mayor que estar aquí en Tlaxcallan, a despecho de vuestros enemigos, y publicando guerra contra ellos, y que no osen venir a enojaros? Por donde podéis conocer cómo estáis aquí más seguros y fuertes que fuera de aquí. Por manera que en Tlaxcallan tenéis seguridad, fortaleza y honra; y sin esto, todo buen aparejo de medicinas necesarias y convenientes a vuestra cura y salud, y otros muchos regalos con que cada día vais de mejoría, que callo, y que donde nacisteis no los tendríais tales. Yo llamaré a los de Coazacoalco y

Almería, y así seremos muchos españoles; y aunque no viniesen, somos hartos; que menos éramos cuando por esta tierra entramos, y ningún amigo teníamos; **y como bien sabéis, no pelea el número, sino el ánimo; no vencen los muchos, sino los valientes.** Y yo he visto que uno de esta compañía ha desbaratado un ejército entero como hizo Jonatás, y muchos, que cada uno por sí ha vencido mil y diez mil indios, según David contra los filisteos. Caballos presto me vendrán de las islas; armas y artillería luego traeremos de la Veracruz, que hay harta y está cerca. De las vituallas perded temor y cuidado, que yo proveeré abundantísimamente; cuanto más que siempre siguen ellas al vencedor y que señorea el campo, como haremos nosotros con los caballos. Por los de esta ciudad, yo soy fiador que os sean leales, buenos y perpetuos amigos, que así me lo prometen y juran. Y si otra cosa quisiesen, ¿cuándo mejor tiempo tendrán que han tenido estos días, que yacíamos dolientes en su camas y propias casas, solos, mancos y, como decís, podridos; los cuales no solamente os ayudarán como amigos, empero también os servirán como criados, **que más quieren ser vuestros esclavos que súbditos de mexicanos:** tanto odio les tienen, y a vosotros tanto amor? Y porque veáis ser esto y todo lo que dicho tengo, así quiero probarlos y probaros contra los de Tepeacac, que mataron los otros días doce españoles; y si mal nos sucediere la ida, haré lo que pedís; y si bien, haréis lo que os ruego.

Documento preciosísimo, en que vemos su vida y gran espíritu a través del más claro y bello cristal.

Amado Nervo

En esto si confieso que ha sido inexplicable mi trabajo; y así no puedo decir lo que con envidia oigo a otros: que no les ha costado afán el saber. ¡Dichosos ellos! A mí, no el saber (que aún no sé), sólo el desear saber me le ha costado tan grande que pudiera decir con mi Padre San Jerónimo (aunque no con su aprovechamiento): *Quid ibi laboris insumpserim, quid sustinuerim difficultatis, quoties desperaverim, quotiesque cessaverim et contentione discendi rursus inceperim; testis est conscientia, tam mea, qui passus sum, quam eorum qui mecum duxerunt vitam.* Menos los compañeros y testigos (que aun de ese alivio he carecido), lo demás bien puedo asegurar con verdad. ¡Y que haya sido tal esta mi negra inclinación, que todo lo haya vencido!

Solía sucederme que, como entre otros beneficios, debo a Dios un natural blando y tan afable y las religiosas me aman mucho por él (sin reparar, como buenas, en mis faltas) y con esto gustan mucho de mi compañía, conociendo esto y movida del grande amor que las tengo, con mayor motivo que ellas a mí, gusto más de la suya: así, me solía ir los ratos que a unas y a otras nos sobraban, a consolarlas y recrearme con su conversación. Reparé que en este tiempo hacía falta a mi estudio, y hacía voto de no entrar en celda alguna si no me obligase a ello la obediencia o la caridad: porque, sin este freno tan duro, al de sólo propósito le rompiera el amor; y este voto (conociendo mi fragilidad) le hacía por un mes o por quince días; y dando cuando se cumplía, un día o dos de treguas, lo volvía a renovar, sirviendo este día, no tanto a mi descanso (pues nunca lo ha sido para mí el no estudiar) cuanto a que no me tuviesen por áspera, retirada e ingrata al no merecido cariño de mis carísimas hermanas.

Bien se deja en esto conocer cuál es la fuerza de mi inclinación. Bendito sea Dios que quiso fuese hacia las letras y no hacia otro vicio, que fuera en mí casi insuperable; y bien se infiere también cuán contra la corriente han navegado (o por mejor decir, han naufragado) mis pobres estudios. Pues aún falta por referir lo más arduo de las dificultades; que las de hasta aquí sólo han sido estorbos obligatorios y casuales, que indirectamente lo son; y faltan los positivos que directamente han tirado

a estorbar y prohibir el ejercicio. **¿Quién no creará, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes?** Pues Dios sabe que no ha sido muy así, porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar, y los que más nocivos y sensibles para mí han sido, no son aquellos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido, sino los que amándome y deseando mi bien (y por ventura, mereciendo mucho con Dios por la buena intención), me han mortificado y atormentando más que los otros, con aquel: **No conviene a la santa ignorancia que deben, este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza.** ¿Qué me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie de martirio donde yo era el mártir y me era el verdugo!

Pues por la —en mí dos veces infeliz— **habilidad de hacer vesos**, aunque fuesen sagrados, ¿qué pesadumbres no me han dado o cuáles no me han dejado de dar? Ciertamente, señora mía, que algunas veces me pongo a considerar que el que se señala —o le señala Dios, que es quien sólo lo puede hacer— **es recibido como enemigo común**, porque parece a algunos que **usurpa los aplausos que ellos merecen o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban, y así le persiguen.**

Aquella ley políticamente bárbara de Atenas, por la cual salía desterrado de su república el que se señalaba en prendas y virtudes porque no tiranizase con ellas la libertad pública, todavía dura, todavía se observa en nuestros tiempos, aunque no hay ya aquel motivo de los atenienses; pero hay otro, no menos eficaz aunque no tan bien fundado, pues parece máxima del impío Maquiavelo: **que es abotrecer al que se señala porque deslucen a otros.** Así sucede y así sucedió siempre.

Y si no, ¿cuál fue la causa de aquel rabioso odio de los fariseos contra Cristo, habiendo tantas razones para lo contrario? Porque si miramos su presencia, ¿cuál prenda más amable que aquella divina hermosura? ¿Cuál más poderosa para arrebatar los corazones? Si cualquiera belleza humana tiene jurisdicción sobre los albedrios y con blanda y apetecida violencia los sabe sujetar, ¿qué haría aquella con tantas prerrogativas y dotes soberanos? ¿Qué haría, qué movería y qué no haría y qué no movería aquella incomprensible beldad, por cuyo hermoso rostro, como por un terso cristal, se



estaban transparentando los rayos de la Divinidad? ¿Qué no movería aquel semblante, que sobre incomparables perfecciones en lo humano, señalaba iluminaciones de divino? Si el de Moisés, de sólo la conversación con Dios, era intolerable a la flaqueza de la vista humana, ¿qué sería el del mismo Dios humanado? Pues si vamos a las demás prendas, ¿cuál más amable que aquella celestial modestia, que aquella suavidad y blandura derramando misericordias en todos sus movimientos, aquella profunda humildad y mansedumbre, aquellas palabras de vida eterna y eterna sabiduría? Pues ¿cómo es posible que esto no les arrebatara las almas, que no fuesen enamorados y elevados tras él?

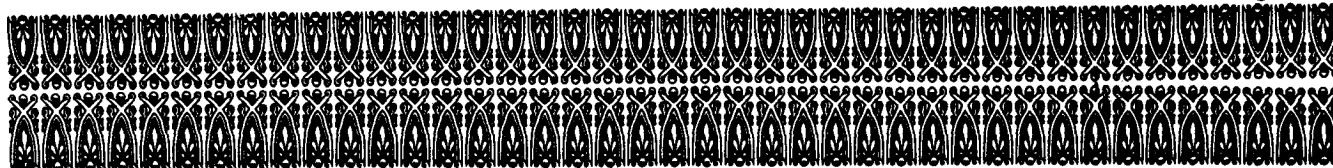
Dice la Santa Madre y madre mía Teresa, que después que vio la hermosura de Cristo quedó libre de poderse inclinar a criatura alguna, porque ninguna cosa veía que no fuese fealdad, comparada con aquella hermosura. Pues ¿cómo en los hombres hizo tan contrarios efectos? Y ya que como toscos y viles no tuvieran conocimiento ni estimación de sus perfecciones, siquiera como interesables ¿no les moviera sus propias conveniencias y utilidades en tantos beneficios como les hacía, sanando los enfermos, resucitando los muertos, curando los endemoniados? Pues ¿cómo no le amaban? ¡Ay Dios, que por eso mismo no le amaban, por eso mismo le aborrecían! Así lo testificaron ellos mismos.



EPITOME DE LA ELOCUENCIA ESPAÑOLA

FORO DE NORTE

Francisco José Artiga



DIALOGO I

Decidme, qué cosa es
ELOCUENCIA? que son tantas
sus honras y dignidades,
cuantas son sus elegancias.

Aunque debiera excusarme,
Hijo, al ver estas distancias,
mi ingenio y Libro, chiquitos,
la empresa y ciencia tan altas.

No obstante diré en común
algo de ciencia tan larga,
que es *Epítome* muy corto
el que ves, para elogiarla.

La ELOCUENCIA es *un concepto*
de la Unitrina asonancia,
que en tres puntos igual forma
la causa de tantas causas.

Es una china, es un *rayo*
de aquella Unitrina llama,
que al que la mira es confusa,
pero al que la cree es muy clara.

Es tan *eficaz* que logra
lo que no pueden las armas,
razón, pleitos ni justicias,
pues la Elocuencia lo alcanza.

Porque ésta concilia amigos,
ésta un gran furor aplaca,
ésta suspende un castigo,
ésta humilla una arrogancia.

A ésta suelta el que es avaro,
a ésta la mujer resbala,
a ésta se aplaca un motín,
a ésta se rinde un Monarca.

Y en conclusión de sus fuerzas
todo cuanto hay avasalla:
sin ella nada se logra,
con ella todo se alcanza.

Es tan *útil* como al mundo
son Letras y Armas, pues pasa
a ser la Elocuencia en Letras,
lo que es destreza en las Armas.

Es tan *antigua*, que al orbe,
ya en sus primeras infancias,
ilustró en Adán a toda
la naturaleza humana.

Es de más *poder* que el Cielo,
pues no solamente alcanza
mover los cuerpos, que aún llega
a conmover a las almas.

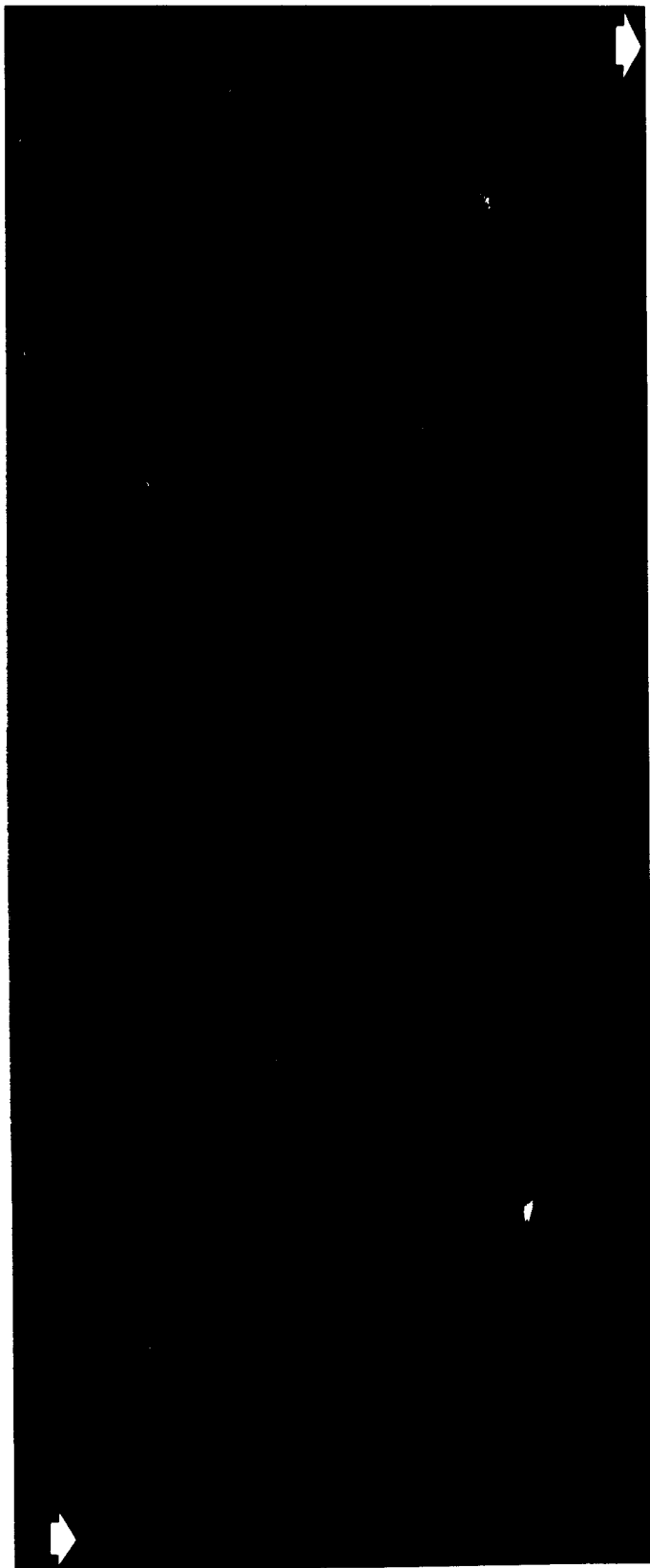
Tan *preciosa* es, que con oro
ni con plata no se alcanza;
mas con sola la Elocuencia,
honras, pueblos, oro y plata.

Huesca, España. 1725.

Y después de esto, el Sr. Malo resucitaba con su palabra los tiempos antiguos en su discurso de doctrina, porque el de esta noche ha sido un discurso de polémica, y pedía con grandes clamores aquellas épocas en que nuestros sabios se llamaban San Isidoro, Alfonso X, Nebrija, Arias Montano, el Bronicense; en que nuestros escritores usaban la divina lengua de los Querellas, del Laberinto, del Quijote; en que nuestros poetas pulsaban la robusta lira de Lope, Rioja, Calderón; en que nuestros pintores arrebolaban los cuadros históricos de Velázquez, los penitentes de Rivera, los Cristos de Morales, las Vírgenes de Murillo; en que nuestros teólogos hablaban en el concilio de Trento, y nuestros lectores enseñaban en la Universidad de París; en que nuestros navegantes atravesaban el cabo de las Tormentas, descubrían en Asia Filipinas, encontraban una nueva creación, premio de su arrojo, en el ignorado seno del Atlántico; en que nuestros soldados escribían con sangre de sus venas el gran poema que comienza en Covadonga y concluye en Granada, y oprimían contra su corazón á Nápoles, á Palermo, á Milán, y sostenían en el monte Tauro, en el Etna, en el Bósforo, con sus robustos brazos, el vacilante imperio bizantino, y cubrían con sus banderas sin rival el Mediterráneo, y enterraban la soberbia media luna en las hirvientes aguas de Lepanto, y vencían á Francia, y amenazaban á Inglaterra, y dominaban á Flandes, y extendían sus huestes por toda Alemania, y salvaban con sus aceros caballerescos toda la Hungría, y grababan la idea cristiana en la frente de Africa y América; **aquellas épocas en que nuestro imperio era más inmenso que el imperio romano**, y nuestras conquistas más fabulosas que las conquistas de Alejandro; aquellas épocas en que el mar era como una alfombra arrojada á nuestras triunfales plantas, y el sol como un diamante engarzado en nuestra inmortal corona.

Me parece, señores, que he sido imparcialísimo al referir todos los fundamentos de la doctrina absolutista. Me permitirán, pues, que use de la misma imparcialidad al criticarla. Yo voy á decir muy pocas palabras.

Vuestro sentido religioso, **al confundir la religión con la política**, hace del santuario, asilo de todos los hombres, la fortaleza de un partido; **vuestro criterio filosófico, si es sólo la fe, puede aniquilar la ciencia, que necesita también de la razón**; vuestro criterio político, si es el derecho divino, anula al hombre, porque siempre que Dios se asienta en el trono de la soberanía temporal, el hombre se confunde en el polvo de los insectos;



vuestra solución económica, si es la tasa, mata la libertad del crédito, la libertad del trabajo, la libertad de la propiedad, de que os declaráis defensores; vuestra solución social, si es la solución del convento, no será ciertamente el derecho al trabajo, no será el derecho á la asistencia; pero será el derecho a la ociosidad.

Y en verdad, podíamos concluir diciéndoles: **vuestro sistema con sus mayorazgos, con su amortización, con sus señoríos, con sus alcabalas, con sus diezmos, con sus aduanas de provincia á provincia, de pueblo en pueblo, después de ser injusticia absoluta, es el empobrecimiento universal.**

Y en verdad, señores, que yo busco ese absolutismo tan decantado en nuestra Historia, y no lo encuentro; sí, no lo encuentro en los primitivos tiempos, porque Indibil y Mandonio, Indortes é Isolacio eran jefes de tribu, jefes de familia; y Sagunto, que protestó contra Aníbal, y Numancia que protestó contra Escipión, eran ciudades democráticas; y un pastor el primer jefe de nuestra nacionalidad; **y pobres campesinos aquellos astures que aterraban á Agripa y á Augusto, entonando cánticos de libertad desde la cima de sus montes, y se arrojaban al Océano por no arrastrar en extranjeras playas la vil cadena de esclavos; yo no veo el absolutismo en el imperio romano, porque lo que veo son colonias levantadas en el reino de la ciudad eterna, libres municipios levantados en las tradiciones del país; yo no veo el absolutismo en tiempo de los godos, porque lo que veo es una aristocracia militar en Leovigildo y Chindasvinto, una aristocracia teocrática en Recaredo y en Egica; el pueblo haciéndose católico cuando sus señores son arrianos, é idólatra cuando sus señores son católicos; yo no veo el absolutismo desde Covadonga hasta León, porque lo que veo es un pueblo que busca un refugio en el universal naufragio, reyes levantados en el escudo de los soldados, esclavos recogiendo las rotas espadas de los godos, jueces que protegen bajo su manto las nacientes monarquías, condes que arrojan desde sus trotones de batalla claros fueros á sus pueblos; yo no veo el absolutismo desde León hasta Toledo, porque lo que veo es el nacimiento del municipio cristiano en 1020, fecha que todo buen español debe llevar aquí en el pecho: la semilla de nuestro iurado. la transformación del Concilio en Cortes, la idea feudal penetrando por el Pirineo con Sancho de Navarra, y extendiéndose invasora como toda idea hija de su tiempo hasta los llanos de Castilla; no veo el absolutismo desde**

Toledo hasta las Navas. porque lo que veo es nuestra legislación municipal florecer, nuestros Ayuntamientos robustecerse, nuestras Cortes reunirse al pie de Cuenca. nuestros ejércitos señoriales y feudales salvar la cristiandad en las Navas de Tolosa; yo no veo el absolutismo desde las Navas al Salado. porque lo que veo es la Universidad levantarse para educar en la libertad al estado llano. los jurisconsultos forjar la unidad de la justicia, los siervos de la gleba dejar los eslabones de sus cadenas en los propios de los pueblos. el derecho romano surgir como un nuevo astro sobre el caos feudal de la Edad Media; yo no veo el absolutismo desde el Salado hasta Granada, porque lo que veo es D. Pedro el Cruel bañarse en sangre de la nobleza, la casa bastarda inaugurar una política señorial también bastarda, Juan I sellar nuestro movimiento político democrático. D. Alvaro de Luna recoger del polvo la autoridad herida de los reyes, la monarquía enflaquecida é impotente de D. Enrique IV, la gran revolución social concluida en la gran Isabel; yo no veo que fueran educados en el absolutismo aquellos soldados aragoneses que conquistaron á Nápoles y Sicilia y sostuvieron á Atenas y Constantinopla, porque aquellos soldados habían sido educados á la sombra del privilegio general; ni que fueran hechuras del absolutismo los descubridores de América, porque todos habían visto nuestras Cortes, habían respirado gozosos el viento de nuestras libertades. Cuando veo las consecuencias del absolutismo es cuando veo nuestras escuadras anegadas en el mar, nuestros ejércitos rotos en los campos de batalla, la bandera morada de Castilla en el lodo, Lanuza en el cadalso, nuestras Cortes mudas, nuestros municipios destrozados, la amortización extendiéndose como una lepra por nuestros campos, el rey de dos mundos, el amo del Perú, convertido en un mendigo, yendo de puerta en puerta a pedir limosna; absolutismo extranjero, traído á este suelo por gente extraña; la misma que hoy atormenta á nuestra raza en Italia; absolutismo sostenido por familias extranjeras; absolutismo de que la nación se limpió cuando fue dueña de sí misma en 1812, y que si más tarde restauraron bayonetas extranjeras, fue para demostrar á todas las generaciones, para decir á todos los siglos siempre, que el absolutismo ha sido y será un eterno extranjero en nuestra patria.

(Del discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el día 5 de Mayo de 1859, sobre «El socialismo»).

¿QUIEN MANDA EN EL MUNDO?

FORO DE NORTE

José Ortega y Gasset

«Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho juntos grandes cosas, querer hácer otras más; he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo... En el pasado, una herencia de glorias y remordimientos; en el porvenir, un mismo programa que realizar... La existencia de una nación es un plebiscito cotidiano».

Tal es la conocidísima sentencia de Renán. ¿Cómo se explica su excepcional fortuna? Sin duda, por la gracia de la coletilla. Esa idea de que la nación consiste en un plebiscito cotidiano opera sobre nosotros como una liberación. **Sangre, lengua y pasado comunes son principios estáticos, fatales, rígidos, inertes: son prisiones.** Si la nación consistiese en eso y en nada más, la nación sería una cosa situada a nuestra espalda, con lo cual no tendríamos nada que hacer. La nación sería algo que se es, pero no algo que se hace. Ni siquiera tendría sentido defenderla cuando alguien la ataca.

Quiérase o no, la vida humana es constante ocupación con algo futuro. Desde el instante actual nos ocupamos del que sobreviene. Por eso vivir es siempre, siempre, sin pausa ni descanso, hacer. ¿Por qué no se ha reparado en que **hacer**, todo **hacér**, significa realizar un futuro? Inclusive cuando nos entregamos a recordar. **Hacemos** memoria en este segundo para lograr algo en el inmediato, aunque no sea más que el placer de revivir el pasado. Este modesto placer solitario se nos presentó hace un momento como un futuro deseable; por eso lo **hacemos**. Conste, pues: **nada tiene sentido para el hombre sino en función del porvenir.**⁽¹⁾

Si la nación consistiese no más que en pasado y presente, nadie se ocuparía de defenderla contra un ataque. Los que afirman lo contrario son hipócritas o mentecatos. Mas acaece que el pasado nacional proyecta alicientes —reales o imaginarios— en el futuro. Nos parece desearle un porvenir en el cual nuestra nación continúe existiendo. Por eso nos movilizamos en su defensa; no por la sangre, ni el idioma, ni el común pasado. Al defender la nación defendemos nuestro mañana, no nuestro ayer.

Esto es lo que reverbera en la frase de Renán: la nación como excelente programa para mañana. El plebiscito decide un futuro. Que en este caso el futuro consista en una perduración del pasado no modifica lo más mínimo la cuestión; únicamente revela que también la definición de Renán es arcaizante.

Por lo tanto, el Estado nacional representaría un principio estatal más próximo a la pura idea de Estado que la antigua polis o que la «tribu» de los árabes, circunscrita por la sangre. De hecho, la idea nacional conserva no poco lastre de adscripción al pasado, al territorio, a la raza; mas por lo mismo es sorprendente notar cómo en ella triunfa siempre el puro principio de unificación humana en torno a un incitante programa de vida. Es más: yo diría que ese lastre de pretérito y esa relativa limitación dentro de principios materiales no han sido ni son por completo espontáneos en las almas de Occidente, sino que proceden de la interpretación erudita dada por el romanticismo a la idea de nación. De haber existido en la Edad Media ese concepto diecinuevesco de nacionalidad, Inglaterra, Francia, España, Alemania, habrían quedado nonatas.⁽²⁾ Porque esa interpretación confunde lo que impulsa y constituye a una nación con lo que meramente la consolida y conserva. **No es el patriotismo —dígase de una vez— el que ha hecho las naciones.** Creer lo contrario es la gedeonada a que ya he aludido y que el propio Renán admite en su famosa definición. Si para que, exista una nación es preciso que un grupo de hombres cuente con un pasado común, yo me pregunto cómo llamaremos a ese mismo grupo de hombres mientras vivía en presente eso que visto desde hoy es un pasado. Por lo visto era forzoso que esa existencia común feneciese, pasase, para que pudiesen decir, somos una nación. ¿No se advierte aquí el vicio gremial del filólogo, del archivero, su óptica profesional que le impide ver la realidad cuando no es pretérita? El filólogo es quien necesita para ser filólogo que ante todo exista un pasado; pero la nación, antes de poseer un pasado común, tuvo que crear esta comunidad, y antes de crearla tuvo que soñarla, que quererla, que proyectarla. Y basta que tenga el proyecto de sí misma para que la nación exista, aunque no se logre, aunque fracase la ejecución, como ha pasado tantas veces. Hablaríamos en tal caso de una nación malograda (por ejemplo, Borgoña).

Con los pueblos de Centro y Sudamérica tiene España un pasado común, raza común, lenguaje común, y, sin embargo, no forma con ellos una nación. ¿Por qué? **Falta sólo una cosa que, por lo visto, es la esencial: el futuro común.** España no supo inventar un programa de porvenir colectivo que atrajese a esos grupos zoológicamente afines. El plebiscito futurista fue adverso a España, y nada valieron entonces los archivos, las me-

morias, los antepasados, la «patria». Cuando hay aquello, todo esto sirve como fuerzas de consolidación; pero nada más.⁽³⁾

Veo, pues, en el Estado nacional una estructura histórica de carácter plebiscitario. Todo lo que además de eso parezca ser, tiene un valor transitorio y cambiante, representa el contenido o la forma, o la consolidación que en cada momento requiere el plebiscito. Renán encontró la mágica palabra, que revienta de luz. Ella nos permite vislumbrar catódicamente el entresijo esencial de una nación, que se compone de estos dos ingredientes: primero, un **proyecto de convivencia total en una empresa común**; segundo, la **adhesión de los hombres a ese proyecto incitativo**. Esta adhesión de todos engendra la interna solidez que distingue al Estado nacional de todos los antiguos, en los cuales la unión se produce y mantiene por presión externa del Estado sobre los grupos dispares, en tanto que aquí nace el vigor estatal de la cohesión espontánea y profunda entre los «súbditos». En realidad los súbditos son ya el Estado, y no lo pueden sentir —esto es lo nuevo, lo maravilloso, de la nacionalidad— como algo extraño a ellos.

Y, sin embargo, Renán anula o poco menos su acierto, dando al plebiscito un contenido retrospectivo que se refiere a una nación ya hecha, cuya perpetuación decide. Yo preferiría cambiarle el signo y hacerle valer para la nación *in statu nascendi*. Esta es la óptica decisiva. Porque, en verdad, una nación no está nunca hecha. En esto se diferencia de otros tipos de Estado. La nación está siempre o haciéndose o deshaciéndose. **Tertium non datur**. O está ganando adhesiones o las está perdiendo, según que su Estado represente o no a la fecha una empresa vivaz.

Por eso lo más instructivo fuera reconstruir la serie de empresas unitivas que sucesivamente han inflamado a los grupos humanos de Occidente. Entonces se vería cómo de ellas han vivido los europeos, no sólo en lo público, sino hasta en su existencia más privada; cómo se han «entrenado» o se han desmoralizado, según que hubiese o no empresa a la vista.

Otra cosa mostraría claramente ese estudio: las empresas estatales de los antiguos, por lo mismo que no implicaban la adhesión de los grupos humanos sobre que se intentaban, por lo mismo que el Estado propiamente tal quedaba siempre inscrito en una limitación fatal —tribu o urbe—, eran prácticamente ilimitadas.

Un pueblo —el persa, el macedón o el romano— podían someter a unidad de soberanía cualesquiera porciones del planeta. Como la unidad no era auténtica, interna ni definitiva, no estaba sujeta a otras condiciones que a la eficacia bélica y administrativa del conquistador. Mas en Occidente la unificación nacional ha tenido que seguir una serie inexorable de etapas. Debiera extrañarnos más el hecho de que en Europa no haya sido posible ningún imperio del tamaño que alcanzaron el persa, el de Alejandro o el de Augusto.

El proceso creador de naciones ha llevado siempre en Europa este ritmo: **Primer momento**. El peculiar instinto occidental, que hace sentir el Estado como fusión de varios pueblos en una unidad de convivencia política y moral, comienza a actuar sobre los grupos más próximos geográfica, étnica y lingüísticamente. No porque esta proximidad funde la nación, sino porque la diversidad entre próximos es más fácil de dominar. **Segundo momento**. Período de consolidación, en que se siente a los **otros** pueblos más allá del nuevo Estado como extraños y más o menos enemigos. Es el período en que el proceso nacional toma un aspecto de exclusivismo, de cerrarse hacia dentro del Estado; en suma, lo que hoy llamamos **nacionalismo**. Pero el hecho es que mientras se siente **políticamente** a los **otros** como extraños y contrincantes, se convive económica, intelectual y moralmente con ellos. Las guerras nacionalistas sirven para nivelar las diferencias de técnica y de espíritu. Los enemigos habituales se van haciendo históricamente homogéneos.⁽⁴⁾ Poco a poco se va destacando en el horizonte la conciencia de que esos pueblos enemigos pertenecen al mismo círculo humano que el Estado nuestro. No obstante, se les sigue considerando como extraños y hostiles. **Tercer momento**. El Estado goza de plena consolidación. Entonces surge la nueva empresa: unirse a los pueblos que hasta ayer eran sus enemigos. Crece la convicción de que son afines con el nuestro en moral e intereses, y que **juntos formamos un círculo nacional frente a otros grupos más distantes y aún más extranjeros**. He aquí madura la nueva idea nacional.

Un ejemplo esclarecerá lo que intento decir. Suele afirmarse que en tiempos del Cid era ya España —Spania— una idea nacional, y para superfetar la tesis se añade que siglos antes **ya San Isidro hablaba de la «madre España»**. A mi juicio, es esto un error craso de perspectiva histórica. En tiempos del Cid se estaba empezando a urdir el **Estado León-Castilla**, y esta uni-

dad leonesacastellana era la idea nacional del tiempo, la idea políticamente eficaz. **Spania**, en cambio, era una idea principalmente erudita; en todo caso una de tantas ideas fecundas que dejó sembradas en Occidente el Imperio romano. **Los «españoles» se habían acostumbrado a ser reunidos por Roma** en una unidad administrativa, en una **diócesis** del Bajo Imperio. Pero esta noción geográficoadministrativa era pura recepción, no íntima inspiración, y en modo alguno aspiración.

Por mucha realidad que se quiera dar a esa idea en el siglo XI, se reconocerá que no llega siquiera al vigor y precisión que tiene ya para los griegos del IV la idea de la Hélade. Y, sin embargo, la Hélade no fue nunca verdadera idea nacional. La efectiva correspondencia histórica sería más bien ésta: Hélade fue para los griegos del siglo IV, y Spania para los «españoles» del XI y aun del XIV, lo que Europa fue para los «europeos» en el siglo XIX.

Muestra esto cómo las empresas de unidad nacional van llegando a su hora del modo que los sonen en una melodía. La mera afinidad de ayer tendrá que esperar hasta mañana para entrar en erupción de inspiraciones nacionales. Pero, en cambio, es casi seguro que le llegará su hora.

Ahora llega para los **europeos** la sazón en que **Europa puede convertirse en idea nacional**. Y es mucho menos utópico creerlo hoy así que lo hubiera sido vaticinar en el siglo XI la unidad de España y de Francia. El Estado nacional de Occidente, cuanto más fiel permanezca a su auténtica sustancia, más derecho va a depurarse en un **gigantesco Estado continental**.

(1) Según esto, el ser humano tiene irremediabilmente una **constitución futurista**; es decir, vive ante todo en el futuro y del futuro: No obstante, he contrapuesto el hombre antiguo al europeo, diciendo que aquél es relativamente cerrado al futuro, y éste, relativamente abierto. Hay, pues, aparente contradicción entre una y otra tesis. Surge esa apariencia cuando se olvida que el hombre es un ente de dos pisos; por un lado, es lo que es; por otro, tiene ideas sobre sí mismo que coinciden más o menos con su auténtica realidad. Evidentemente, nuestras ideas, preferencias, deseos, no pueden anular nuestro verdadero ser, pero sí complicarlo y mudarlo. El antiguo y el europeo están igualmente preocupados del porvenir; pero aquél somete el futuro al régimen

del pasado, en tanto que nosotros dejamos mayor autonomía al porvenir, a lo nuevo como tal. Este antagonismo, no en el ser, sino en el preferir, justifica que califiquemos al europeo de futurista y al antiguo de arcaizante. Es revelador que apenas el europeo despierta y toma posesión de sí empieza a llamar a su vida «época moderna». Como es sabido, «moderno» quiere decir lo nuevo, lo que niega el uso antiguo. Ya a fines del siglo XIV se empieza a subrayar la **modernidad**, precisamente en las cuestiones que más agudamente interesaban al tiempo, y se habla, por ejemplo, de **devotio moderna**, una especie de vanguardismo en la «mística teología».

(2) El principio de las nacionalidades es, cronológicamente, uno de los primeros síntomas del romanticismo (fines del siglo XVIII).

(3) Ahora vamos a asistir a un ejemplo gigantesco y claro, como de laboratorio; vamos a ver si Inglaterra acierta a mantener en unidad soberana de convivencia las distintas porciones de su imperio, proponiéndoles un programa atractivo.

(4) Si bien esa homogeneidad respeta y no anula la pluralidad de condiciones originarias.

LA FAMILIA HISPANA EN LA FAMILIA UNIVERSAL

FORO DE NORTE

Salvador de Madariaga

LO HISPANO

Si admitimos como punto de partida un hecho en sí evidente; que o no existe la familia hispanoamericana o que si existe en unidad no puede proceder más que de lo hispano, cobra singular importancia para América entera la definición y comprensión de lo hispano.

Ahora bien, parece como si contra lo hispano se hubieran coligado las fuerzas más formidables y heterogéneas que jamás la historia vio converger en cualquier dirección. **El cuadro de la hispanofobia universal está todavía por hacer. Todo eso de "la leyenda negra" no es sino tortas y pan pintado al lado de lo que se podría reunir sobre el tema. Vayan por delante tan sólo breves apuntes, que sirvan para esbozar las grandes líneas de la conspiración antihispánica.**

Primer indicio interesante: la desfiguración o extranjerización de los nombres españoles. **Cuando me hallaba yo estudiando a Cristóbal Colón para escribir su Vida,** me di cuenta de que en el catálogo de la Biblioteca del Museo Británico, para dar con lo referente a Colón había que ir a Colombo. Cuidado que Colón puso especial hincapié en que lo llamaran a la española: que en último término vivió y murió español; que hay varios papeles suyos firmados Colombo, Colomo y Colón, pero que su último y definitivo nombre, y también (nos lo dice su hijo) su nombre original, era Colón. Pues no. Ha de ser Colombo, **porque (me explicaron en el Museo Británico) hay que atenerse a su patria de origen.** (Nótese para luego).

Tan absurda es la postura que el Catálogo del Museo Británico tiene que registrar bajo Colombo a los dos hijos del Almirante, Diego y Fernando, que jamás usaron la forma italiana ni se llamaron otra cosa que Colón. Y no queda aquí el absurdo; sino que, como sigue habiendo libros que registrar sobre Colones de generaciones sucesivas, ya el Museo Británico no se atreve a seguir en sus trece y se apea del burro. A partir de la tercera generación registra bajo Colón. Nótese que en inglés a Colón le llaman Columbus; y que, en rigor, podrían haberlo registrado en el catálogo bajo Columbus, lo que no habría implicado rechazo del nombre español; pero no, se registra bajo el nombre italiano. Y ¿no era lógico romper con Colombo precisamente con el Descubridor, al pasar la familia de Italia a España, cuando su nombre cambia deliberadamente y en circunstancias obvias, en vez de aguardar dos generaciones

y cambiarlo sin ton ni son con los hijos de Diego? ¿Qué hay pues en tan insensata conducta? Pues esto: **que no figure un nombre español en la historia universal.**

¿No habíamos dicho que hay que atenerse al nombre del país de origen? Eso nos contestaron para explicar Colombo en vez de Colón. **Pues ¿qué pasa con Borgia?** País de origen, España. Nombre español, Borja. ¿Cómo se les llama y cataloga por doquier? Borgia, a la italiana. De modo que, cuando el país de origen es España, se va al país de adopción.

Tercer caso: **Espinosa.** El judío español que se firmaba Despinosa o Espinosa es universalmente conocido por **"el judío holandés (de origen portugués) Spinoza"**, catalogado en la S. Aquí, como iba en favor de España, no se aplicó la regla del país de origen. Cuarto caso: Domenico Scarlatti. Lo mejor y más granado de su producción, lo hizo en España; y es española de inspiración, quizá más española que la que escribían entonces sus contemporáneos nacidos en España. Domenico Scarlatti firmaba en su apogeo Domingo Escarlate, pero aquí, como iba en contra de España, se aplicó la regla del país de origen.

La conspiración es evidente. Claro que tácita, más que tácita, subconsciente. Ya veremos cómo y por qué. Pero sus efectos son evidentes, e idénticos en su causa: un antihispanismo universal. Otros síntomas lo confirman. He aquí uno pintoresco. **La ópera de Beethoven, Fidelio,** está basada en un episodio que ocurrió en Francia durante la Revolución Francesa. Pero, como se trataba de cárcel y de tiranía, pues hala, a España con ello, y el libreto lo presenta en nuestro país. Y qué decir del **Don Carlos** de Schiller y aun peor de la ópera, con su grotesca caricatura de Felipe II vestido de encarnado y poco menos que desayunando con hereje asado. Eso en la ópera. ¿Qué será en la historia o lo que por tal se cuenta? La malevolencia persiste, y aun en época reciente en un libro escrito no sin cierta penetración por un periodista inglés, se intenta representar a España como la enemiga permanente del Occidente, tomando, claro es, por Occidente, el ambiente positivo y progresivo, la vanguardia, digamos, de la evolución humana.

Sería vano intento en este breve espacio querer abarcar las formas y movimientos de tan persistente malevolencia para con un pueblo. Sólo cabe comentar algunos de sus aspectos.

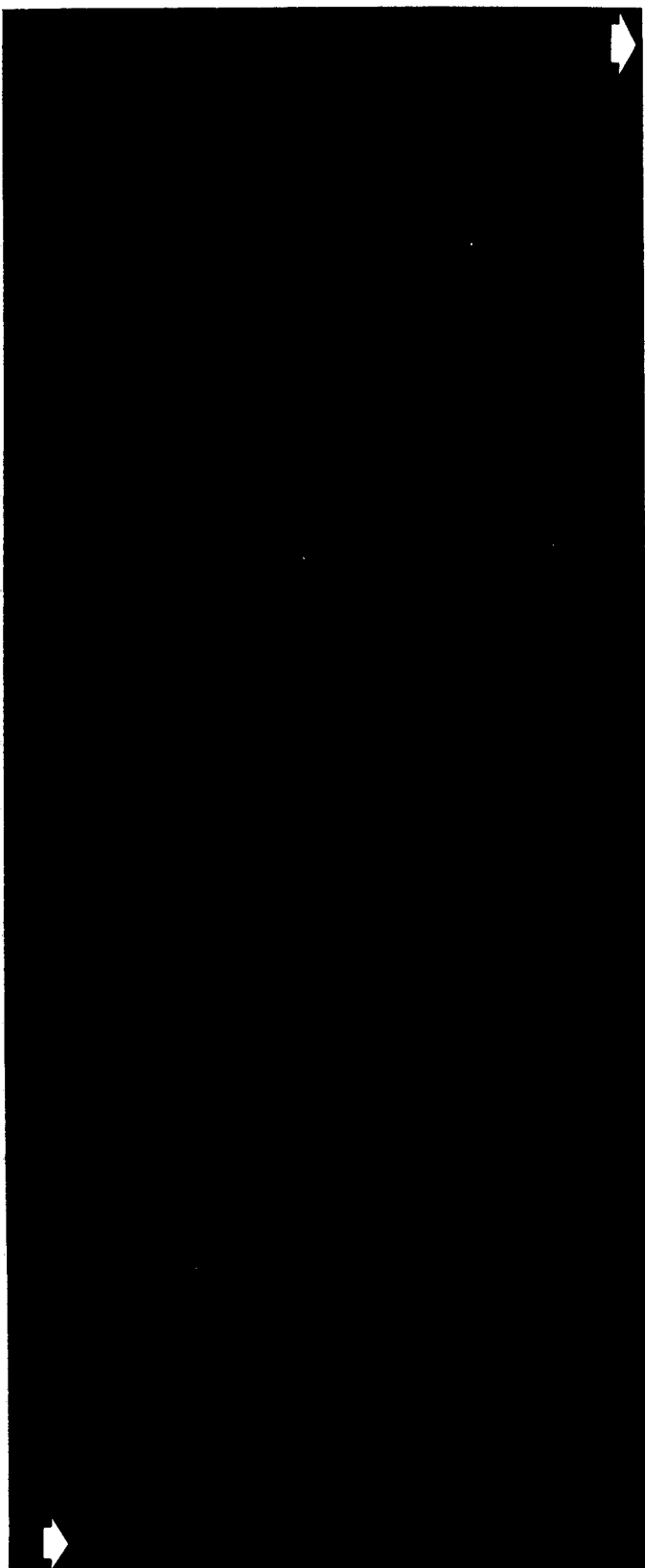
En primer lugar, conste que antes de fines del siglo XV no se ve por ninguna parte ni rastro de tal "enemis-

tad" entre España y Europa, que entonces lo que hoy llamamos "Occidente" estaba hundido en la ignorancia y la pobreza, y que **España fue precisamente el puente y la escuela donde aprendió la filosofía, la matemática y los baños**. Todo iba entonces en la armonía más perfecta; caballeros transpirenaicos de todas tierras venían a luchar en la cruzada española contra el Islam, y sabios de toda Europa estudiaban y traducían en Toledo; mientras que tanto los hombres de armas como los de ciencia de nuestra España servían en sus respectivas profesiones por toda Europa también. A nadie se le había ocurrido entonces esa paparrucha de "la enemiga del Oeste" para descoyuntar a España de un organismo europeo que tanto le debía.

¿Cuándo empiezan a cambiar las cosas? La respuesta es sencilla: con el descubrimiento de América. Aquello fue el premio gordo de la mayor lotería que jamás conoció la historia; y lo ganó España. Y ya se sabe lo que le pasa al que gana el premio gordo: **la envidia de los demás le amarga la existencia**. Al pasar de los años, al sobrevenir las increíbles y esplendorosas conquistas, los países europeos ya formados, Francia e Inglaterra sobre todo, se disponen a aprovecharse por fas o por nefas de la buena fortuna de España. Comienza entonces para España una época en la que tiene que asumir **velis nolis** el papel de enemigo obligado de los dos países occidentales; y como había que justificar esta enemistad, comienza la leyenda negra.

Ni qué decir tiene que los españoles la alimentan con sus hechos y aun con las fechorías de algunos de ellos. Pero aquí no se trata de aseverar que los españoles eran santos ni siquiera mejores que otros. Eran de su tiempo. En general, como los demás europeos; en algunas cosas, mejores; en otras peores. Todo esto es de Pero Grullo. Lo que hay que destacar es que entonces empieza la falsificación de la historia que aún dura y que **le permite a un Arnold Toynbee hablar del día aciago en que los españoles conquistaron a Méjico** sin que estallen de risa hasta las piedras de Teotihuacán.

Como si no bastara este motivo tan poderoso de animosidad, la musa de la Historia se encapricha en añadir otros a cual más ponzoñosos. Primero, la Inquisición y la expulsión de los judíos. España se priva de miles de gentes activas e inteligentes para regalárselas a sus adversarios; y no así en estado neutro y pasivo, sino con el alma enconada por tener que abandonar sus hogares seculares. Esta emigración de españoles



privados violentamente de su españolidad va a dar a los adversarios de España amén de una riqueza técnica de que nuestro país estaba (y sigue) hartamente necesitado, **un plantel de propagandistas del antihispanismo que ha trabajado sin cesar durante tres siglos contra el Imperio Español.**

A los pocos años, el rey Carlos I de España sale elegido emperador de Alemania. Entre los muchos sarcasmos que le debemos a Clío, los españoles, pocos habrá tan crueles como el de haber ganado Carlos esta elección sobornando a sus electores con oro del Nuevo Mundo. Porque esta unión personal con Alemania fue el tercer desastre de España. El primero había sido el **descubrimiento de América, que desvió nuestra expansión de su terreno histórico natural, el África del Norte, desde Marruecos hasta Tierra Santa;** el segundo fue la expulsión de los judíos, que nos privó de un plantel valiosísimo de españoles; el tercero fue la unión personal con Alemania que nos enzarzó en las guerras de religión. El cuarto fue **la decisión fatal de Carlos V de dejarle los Países Bajos a Felipe II en vez de a su hermano Fernando.** Esta decisión aseguró la existencia de Bélgica y de Holanda como países distintos de Francia y de Alemania, pero, con esa mala suerte histórica que caracteriza a España, la aseguró en condiciones tales **que no nos lo agradecen los dos países que nos deben su independencia.** Antes al contrario, la enemistad pertinaz de los Países Bajos fue otro de los afluyentes importantes de la poderosa corriente de opinión que a través de los siglos se forma y crece contra España.

Finalmente viene a engrosar y renovar esta corriente el enjambre de las guerras de emancipación de los reinos españoles de Ultramar. Esta emancipación era la culminación natural de una evolución histórica lograda; era quizá la vindicación y la justificación más honrosa para España de su etapa imperial, ya que los únicos países coloniales que quedan en el Nuevo Mundo no son españoles.

De haber madurado la evolución nacional de los reinos americanos bajo un monarca civilizado como cualquiera de los cuatro Borbones del siglo XVIII, las cosas se habrían roto también por que la época no permitía todavía concepciones análogas a la federación (como lo prueba la ruptura entre Inglaterra y las trece colonias), pero en un ambiente menos brutal. Por desgracia, **ocupaba el trono español el monarca más vil que ha tenido España, y el más indigno de dirigir sus**

destinos hasta que vino a hacerlo bueno el rey de la francachela. Esta circunstancia fortuita vino a reforzar otra más natural. Era, en efecto, psicológicamente inevitable que las guerras de emancipación manejasen tópicos antiespañoles que se perpetuasen después en leyendas nacionales sin otro sustento que aquellas guerras. Por este camino, surge pues otro poderoso elemento vital que alimenta el antiespañolismo.

Y no termina aquí la historia. Porque el mito del Eldorado, que antaño atrajo no sólo a los conquistadores españoles sino a los piratas europeos, renace hoy en los capitalistas de ambos continentes. En los Estados Unidos de América (de toda América, ¿eh?) se considera instintivamente todo el continente como Terra nostra con la misma naturalidad con que los romanos veían a todo el Mediterráneo como Mare nostrum. Y Norteamérica sabe muy bien que no hay más que un elemento fuerte en todo el sur, capaz de resistir a la absorción del Norte: **lo español.** Continúa pues en toda suerte de formas, unas burdas y otras sutiles, el antiespañolismo histórico.

Era menester decir todo esto claro para eliminar las monsergas de "España enemiga del Occidente", y abordar sin prejuicios lo que de verdad es lo español. Pero recordemos nuestro proverbio: "¿Ladran? Es que cabalgamos".

Tomado de: *Presente y Porvenir de Hispanoamérica*. Editorial Sudamericana, 1959.

ELORO DE NORTE

LOS ARABES

Antonio Conde

De cosas notables del gobierno del Rey Alhakem,
y de su muerte

por Antonio Conde

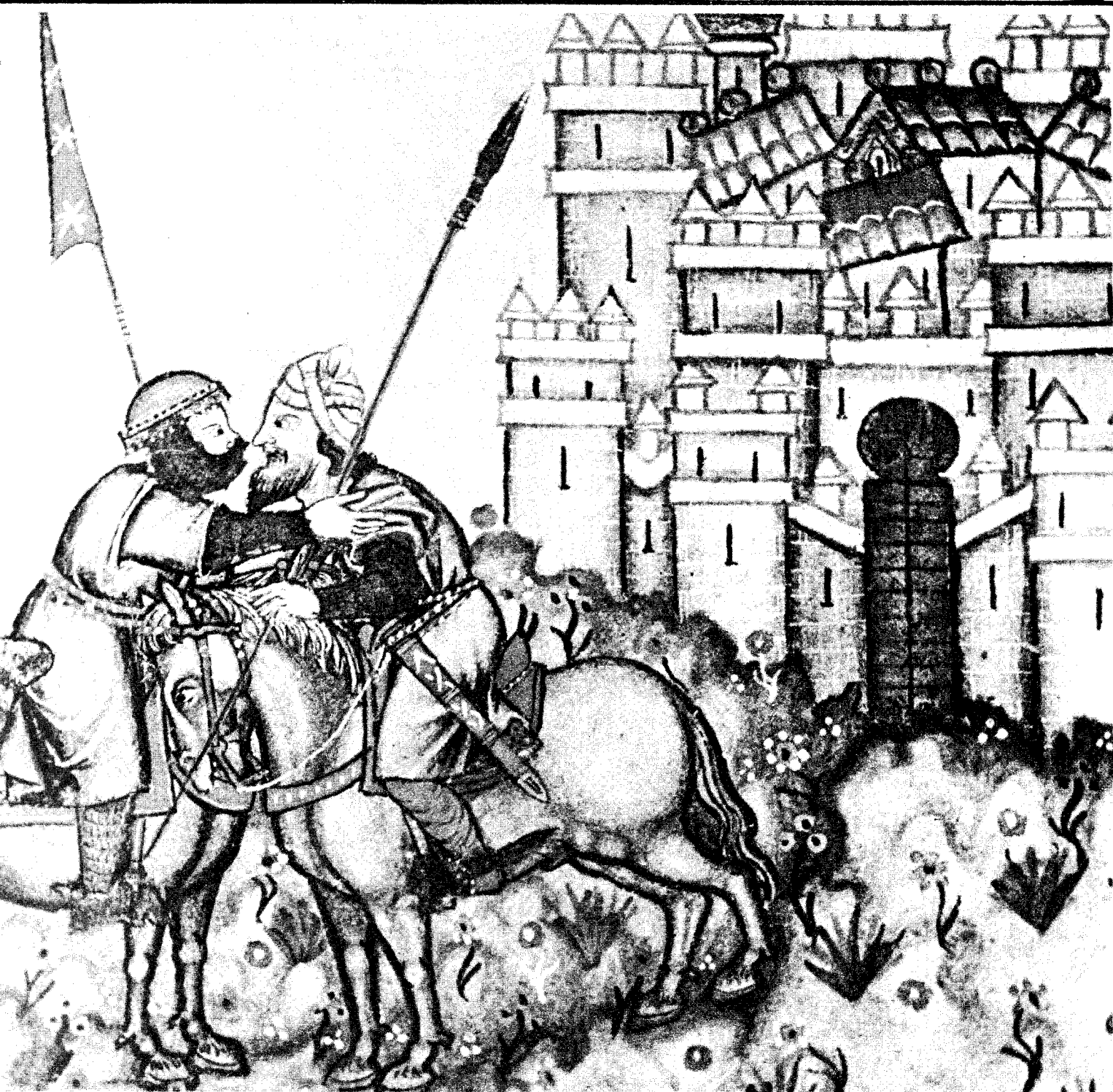
Procuró el Rey Alhakem Almostansir que su hijo único el Príncipe Hixêm tuviese los más doctos maestros que en Oriente y en Occidente se hallasen: entre otros buscó á Muhamad ben Alhasan ben Abdala ben Mezhag el Zubeidi, originario de Sevilla y vecino de Córdoba, se apellidaba Abu Becri, había sido discípulo de Casim ben Asbag, y de Said ben Fahlon y de Ahmed ben Said en la lengua, y en la poesía de Abu Aly el Bagdadi: era este Zubeidi el hombre más docto que entonces se conocía en la lengua árabiga y en su gramática; y fue su especial encargo enseñar esto al Príncipe. Escribió varias obras muy curiosas y el compendio¹ del célebre diccionario intitulado Ain: le ayudaban en este trabajo de orden del Rey el capitán de su guardia Muhamad ben Abi Husein, y el insigne poeta Abu Aly el Bagdadi: fue el Zubeidi prefecto del juzgado de Córdoba, y después el Príncipe Hixêm le honró con otros principales cargos. Alcasim Aben Asbag de Baena le enseñaba historias tradicionales, y Muhamad ben Chatêb el Lezdi varia erudición y la métrica, y lo mismo el Tobni de Zâb, insigne poeta de este tiempo y Wali Xarta del Rey Alhakem.

Era el Rey Almostansir muy amante de la paz, y la procuró conservar aun con los Cristianos á pesar de algunos de sus Walies de frontera; y cuentan que los consejos que solía dar á su hijo Hixêm concluían siempre con decirle: no hagas sin necesidad la guerra, mantén la paz para tu felicidad y la de tus pueblos, no saques tu espada sino contra los injustos: ¿qué placer hay en invadir y destruir pueblos, arruinar estados y llevar los estragos y la muerte á los confines de la tierra? ten en paz y en justicia los pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de la vanidad: sea tu justicia, un lago siempre claro y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confía en Dios, y llegarás con serenidad al aplazado término de tus días.

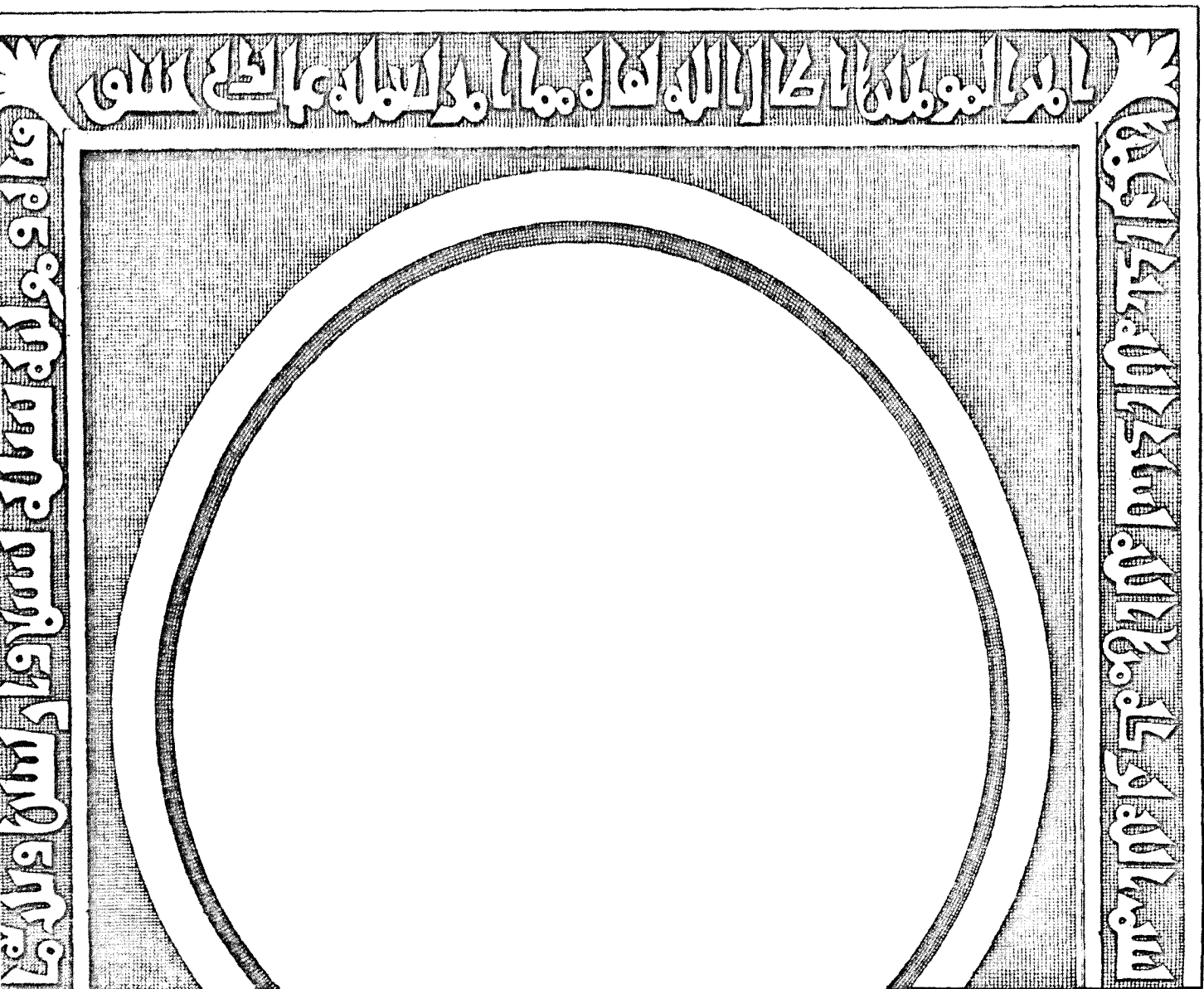
Mandó empadronar los pueblos de sus estados, y había en España seis ciudades grandes, capitales de las capitanías, ochenta de mucha población, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables: sólo en las tierras que riega el Gua-

dalquivir había doce mil: dicen algunos que se contaban en Córdoba doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas, y noventa baños para el común. Las rentas del estado valían cada año doce millones de miteales de oro, sin contar las rentas de azaque que se pagaban en frutos. Se beneficiaban muchas minas de oro, plata, y otros metales por cuenta del Rey, y otras por particulares en sus posesiones: eran muy ricas las de los montes de Jaen, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo en Algarbia de España. Había minas de piedras preciosas, dos de jacut rojo, ó de rubies á la parte de Beja y de Málaga. Se pescaban corales en las costas de Andalucía, y perlas en las de Tarragona. En la larga paz que mantuvo el Rey Alhakem se fomentó la agricultura en todas las provincias de España: se labraron azequías de riego en las vegas de Granada, Murcia, Valencia y Aragón: se construyeron albuheras ó lagos para riego, y se hicieron diversas plantaciones de toda especie como convenía a la calidad y clima de las provincias. En suma este buen Rey mudó las lanzas y espadas en hazadas y rejas de arado, y convirtió los ánimos guerreros é inquietos de los Muslimes en pacíficos labradores y pastores. Los más ilustres caballeros se preciaban de cultivar por sus manos sus huertos, y se holgaban los Cadies y Alfaquíes en la apacible sombra de sus parrales: todos iban al campo y moraban en las aldeas dejando las ciudades, cuales en la florida primavera, cuales en el otoño y al tiempo de sus vendimias. Muchos pueblos siguiendo su natural inclinación² se entregaron á la ganadería, y conservaban la antigua vida de los Bedawis, y trashumaban de unas provincias á otras, procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones.

Jusuf ben Hamud el Sadfi, Cadi de Cebta su patria, informó al Rey Alhakem de la sabiduría y celebridad que tenía en Oriente Abdala ben Ibrahim el Omayya de Asila la de Tanja: éste era originario de Sidonia en Andalucía, y de la más ilustre prosapia: había pasado á Cairvan y á Egipto, y estaba en la Iraca y solicitado del Cadi de Cebta, y por cartas del Rey Alhakem se vino á España en este tiempo, y desembarcó en Almería. Hizo el Rey Alhakem muchas obras públicas en las provincias de España: reparó mezquitas y mencilles ó posadas públicas, entre otras la célebre y antigua de Libla, que se llamaba Menzil Haxemia, construyó fuentes en poblado y en caminos públicos, y reparó puentes y



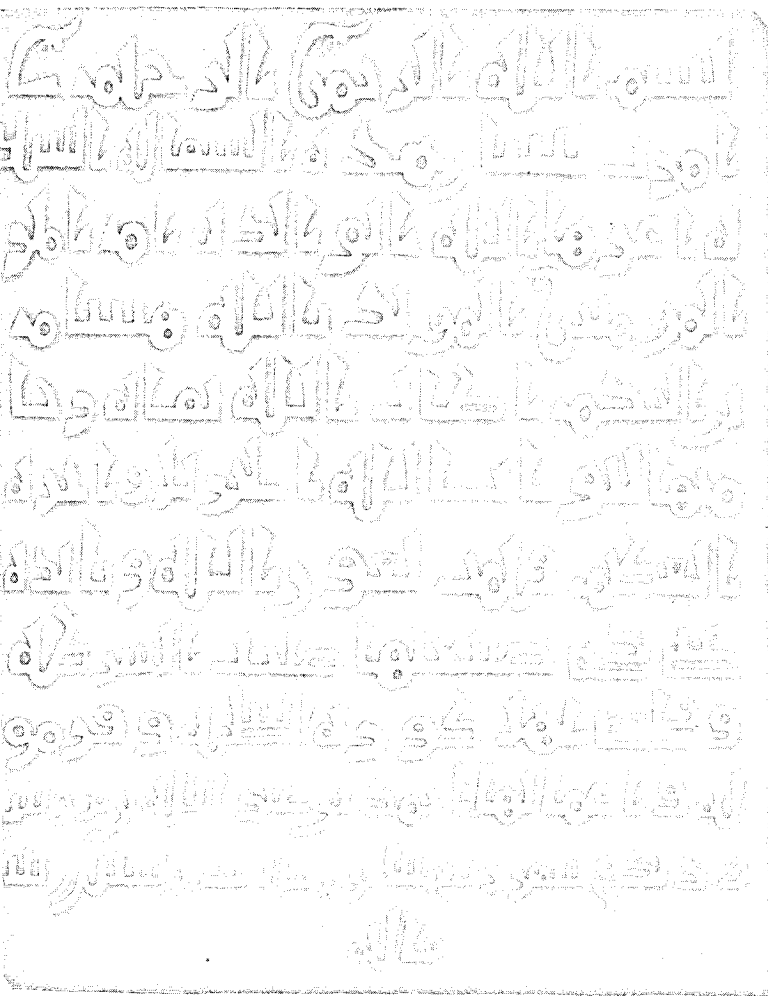




acueductos. Encargó el gobierno de Badalyox y de sus comarcas al Persiano Sabur su familiar y camarero, hombre docto y de mucha política. En este tiempo murió Muhamad ben Abdelwahib, gobernador de Jaen, hombre de grande ingenio, que mereció la confianza del Rey Anasir y de su hijo el Rey Alhakem: en su juventud había tenido competencias con el Wazir Abdelmelic ben Gehwar sobre precedencias de asiento con notables lanc-ces: este Aben Gehwar fue Wali Bait el Mál ó prefecto de la Tesorería, y cuenta Razi que sus composiciones poéticas eran de tanta elegancia que se atribuían á Zeidun de Córdoba: sobre todas se celebraba su canción de las excelencias de la rosa, que algunos decían que se aventajaba á la primavera, y á la descripción de la lluvia de Abdala el hijo de Alhakem el Coreixi.

El Rey Alhakem no sólo era justo apreciador del mérito de los buenos ingenios, sino también muy buen poeta, pues como en aquel tiempo era la poesía una de las prendas de educación de los caballeros, la entendía bien y se ejercitó en su juventud en toda especie de metros, y quedan unos versos suyos, que dice Hayan que los hizo á la partida y separación suya de la Sultana Sobeiha, madre de Hixêm, con ocasión de la jornada de Santistefan de Gormaz, que los repetía Abu Aly el Hasan ben Ayúb, y con algunas variantes Muhayer el Dilemi, y son estos:

De tus ojos y los míos en la triste despedida
De lágrimas los raudales inundaban tus mejillas:
Líquidas perlas llorabas, rojos zafires³ vertía,
Juntas en tu lindo cuello precioso collar hacian,
Estraño, amor, al partir como no perdi la vida:
Mi corazón se arrancaba, el alma salir queria,
Ojos en llanto anegados, aquellas lágrimas mias
Si del corazón salieron en su propia sangre tintas,
Este corazón de fuego cómo no se deshacia?
Loco de amor preguntaba dónde estás bien de mi vida?
Y estaba en mi corazón y con su encanto vivia:
A sinrazon me querello de amor que en ansias suspira,
Y de los ojos que lloran, y del corazón que hechizas.



Sería menester dilatarse mucho para referir las virtudes y grandeza de ánimo de este sabio Rey, y la mucha prosperidad de España en su tiempo; pero pasaron sus días como pasan los agradables sueños, que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones: pasó á las moradas eternas de la otra vida, en donde hallaría, como todos los hombres, aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras: falleció en Medina Azahra á dos de Safar del año trescientos sesenta y seis, á los sesenta y tres años de su edad, y quince años, cinco meses y tres días de su reinado. El féretro del Rey Alhakem fue acompañado de todos los caballeros de la ciudad, y de infinita gente que acudió de la comarca: fue enterrado en su sepulcro del cementerio de la Rusafa: hizo oración por él su hijo Hixêm, que descendió al sepulcro, y salió de él sin poder contener sus lágrimas.

¹ Una antigua copia de este compendio del Zubeidi está en la Real Biblioteca de Madrid.

² Desde la más remota antigüedad fueron los Arabes moradores del campo, que vagaban pastoreando sus rebaños: Isaías anunciando la desolación de Babilonia decía, que aquella ciudad vendría á ser un yermo espantoso: we lo yahel sam Arabi, we roim lo yarbizu sam: que ni acamparía allí el Arabe, ni pastores sestarían allí: como decía Cotaiba no saben vivir sino buscando pastos á sus ganados, mudando sus ranchos a más o menos distancia, por dar tiempo á que se renueven las yerbas, y para buscar en la mesaifa ó estación de verano las alturas frescas hacia el Norte ú Oriente, ó volviendo al fin de la estación para la mesta ó invernadero, hacia los campos abrigados del Mediodía ó Poniente, imitando á las grullas que, como decía Damir, tiene su mesaifa en la Iraca ó Caldea, y su mesta en Egipto y tierras de Poniente. Estos Arabes se llamaban Moe-dinos vagantes ó trashumantes, y es fácil que alterado este nombre de él haya procedido el de nuestros ganados merinos, que conservan esta vida alárabe.

³ Es decir que sus lágrimas eran de sangre, que salían del corazón.

DEL DIARIO DE GABINETE DE JOSEPHUS DANIELS

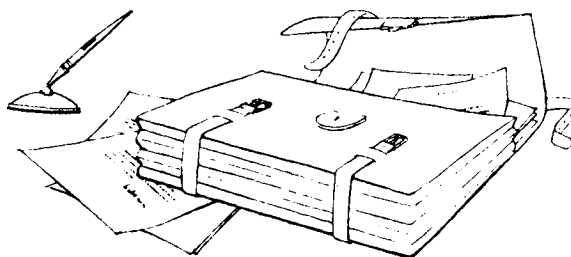
FORO DE NORTE

Sábado, 19 de abril de 1913

Esta mañana llamó el Almirante Southerland,¹ que estuvo al mando de nuestros navíos en la Costa del Pacífico, mientras estuvieron fondeados en puertos mexicanos, en el curso de los disturcientes que tuvieron lugar en ese país. El Almirante Southerland indicó que, en la provincia noroeste de México, los rebeldes parecían estar ganando terreno rápidamente; que las tropas federales no eran numerosas y que, cerca de Guaymas, teníamos una ciudad estadounidense con aproximadamente 200 mujeres y niños, además de los hombres. Señaló que al pueblo no le agradaba Huerta; pero que estaban dispuestos a unirse todos para alcanzar la paz. Cuando se suponía que iban a llegar a un acuerdo amistoso, llegó uno de los funcionarios del gobierno, tomó posesión del gobernador provisional y su personal, cerca de una de las ciudades costeras y se los llevó a la Ciudad de México, en donde quedaron prisioneros. Este incidente, llevado a cabo bajo la responsabilidad exclusiva del mencionado funcionario, impidió efectivamente que tuvieran éxito todas las tentativas ulteriores para llegar a un acuerdo amistoso. El Almirante Southerland indica que en México prevalece la opinión generalizada de que un Federal equivale a cinco Insurrectos; pero que el pueblo de esa provincia y el de las adyacentes, durante la administración de Madero, tuvieron el placer de disfrutar de un poco de libertad en donde siempre antes habían sido gobernados con mano de hierro, y que puesto que habían gozado ya de ese privilegio, nunca volverían a conformarse con algo menos que un gobierno representativo libre. Además, el Almirante Southerland señala que cree que tenemos probabilidades de entrar en guerra con México, en un plazo de veinticuatro horas, en el caso de que las tropas entren en la ciudad estadounidense cercana a Guaymas y maten a mujeres y niños. Estima que nuestros barcos deben permanecer en esa costa o que deben relevarlos otros, con el fin de que sea posible ocupar todos los puertos. Piensa que el despliegue de fuerzas los atemorizará y que, en caso de dificultades, las fuerzas de los Estados Unidos, representadas sólo por la Marina en la Costa Oeste, podrán cortar las comunicaciones, dividir al país en dos partes y lograr el control, enviando marinos e infantes de marina sobre el ferrocarril local de cada puerto hasta la línea principal. Cree que debemos enviar los barcos mayores de regreso a San Fran-

cisco y Puget Sound, para que se efectúen reparaciones importantes, con sus oficiales y hombres, y comisionar a todos los barcos pequeños para que vuelvan a los puertos mexicanos. Por otra parte, añade que tiene confianza en que, si se produjeran dificultades, la Marina, en la Costa Oeste podría terminar la guerra en tres meses.

En el curso de esa conversación, el Almirante Southerland llamó la atención sobre el hecho de que dos de los cruceros acorazados salieron de los Astilleros de la Marina en Mare Island en malas condiciones, debido a que estaban descansando sobre las quillas en el fondo, por la falta de profundidad en ese lugar y que la mayor necesidad de la Marina en la Costa Oeste no era contar con otros astilleros, sino con un lugar apropiado para atracar navíos en la Bahía de San Francisco y afuera de Mare Island.



¹ Contraalmirante William H.H. Southerland, comandante de la Flota del Pacífico.

Tomado de: *The cabinet diaries of Josephus Daniels 1913-1921*. Editado por David Cronon. Universidad de Nebraska.

LA PALABRA HABLADA: EL VASTO MURAL

FORO DE NORTE

Félix Martí Ibáñez

Yo soy un enamorado de la palabra. Para mí no hay concierto de violín, música sinfónica, pintura, ni maravilla arquitectónica que me inspire o conmueva tanto como un elegante discurso literario y, para mí, no hay orquesta sinfónica cuya música arrebate más que una gran conferencia. **La palabra escrita perdura más que ninguna otra obra de arte, pues aun después de desaparecer los libros que la contienen, esa palabra queda grabada para siempre en nuestra memoria si atesora suficientes quilates de valor espiritual.** Mucho después de que los devastadores vendavales del tiempo hayan hecho desaparecer el Taj Mahal y la Esfinge, El Escorial y el Cristo de los Andes, mientras la humanidad sobreviva, seguirán los hombres recordando y recitando con emoción y entusiasmo el Sermón de la Montaña, los robustos versos de Shakespeare, los sabios decires de Don Quijote y las humanísimas palabras de Lincoln.

Las formas de la oratoria

Soy asimismo un enamorado de la palabra hablada. Por lo tanto, en este número de **MD** dedicado a las aves, cuyo canto ha servido a la humanidad de inspiración y solaz a través de todos los tiempos, dedico este ensayo a la palabra hablada, la más dinámica y lírica forma de expresión del hombre.

De todas las modalidades de la palabra hablada —discursos, conferencias, arengas, oratoria política y forense— admiro sobre todo la conferencia. La arenga política es violento latigazo que espolea las emociones de una multitud; el sermón es voz sutil que cuchichea en los oídos del alma de cada oyente; la oración fúnebre, manto de pálidas rosas que cubre un cuerpo yerto, cuyo calor sólo perdura en nuestro recuerdo; el discurso jurídico es formación militar de datos y leyes en defensa de un principio; la comunicación científica, oratoria que, como un galgo, sólo tiene la frágil osamenta de datos y hechos comprobados; la conferencia universitaria, hábil exposición plena de deliberadas repeticiones y de fines puramente didácticos.

La técnica de la conferencia

La conferencia reúne todas las bellezas de las demás formas de oratoria, además de algunas propias y características. Si un artículo, sobre un tema determinado, se ha comparado con una miniatura que no puede ser con-

templada más que por una sola persona a la vez, la conferencia es un vasto mural hecho para ser admirado a distancia y por mucha gente al mismo tiempo. Para lograr ese fin, **la conferencia, en su estructura, debe ser de construcción arquitectónica, de desarrollo sinfónico en su técnica,** de amplio marco en su horizonte como un gran cuadro de museo, de musicalidad en su cadencia como una rapsodia hablada, de denso lastre en su contenido y de objetivos bien trazados. Debe dejar al oyente no sólo mejor informado sobre el tema desarrollado, sino satisfecho y contento, y con la impresión de que, sin esfuerzo alguno, ha asimilado lo que le hubiera costado muchas horas de lectura y de concentrada meditación.

Si bien hay disciplinas científicas, como la química, la geometría, la física, la botánica, que sólo pueden enseñarse mediante **lecciones** —es decir, exposiciones claras, medidas, sucintas y escuetas de los temas estudiados, repitiendo los datos cuantas veces sea necesario hasta que se aprendan y comprendan bien, hay otras disciplinas que, a mi juicio, no pueden enseñarse en forma de lecciones, sino que requieren la amplitud de la conferencia. No hay más que un modo de aprender las leyes de la termodinámica, los principios de la geometría euclidiana, las propiedades del carbono, la clasificación de los mamíferos o la estructura de las solanáceas. Pero hay infinidad de modos de presentar la realidad histórica.

Las conferencias y la historia de la Medicina

La Historia, incluyendo la de la Medicina, puede describirse, interpretarse o narrarse. Para describir la historia puede usarse la lección oral; para interpretarla puede usarse la disertación histórica; para narrarla, es decir, para describir lo que sucedió, dónde y cuándo ocurrió, e interpretar el porqué y cómo sucedió, no existe ningún recurso mejor que la conferencia. Esa conferencia, a mi entender, no debe ser una árida exposición de datos, fechas y sucesos unidos por el hilo, siempre tenue, de la cronología, sino una presentación, romántica en la forma y realista en el contenido, de la realidad histórica, es decir, si se desea hacer de la Historia ese **"entusiasta ensayo de resurrección"** de que hablaba Ortega y Gasset. Pues la Historia, para mí, o es romántica epopeya o no es nada.

Creo que una de las causas del estancamiento de la historia de la Medicina durante tantos años ha sido el

modo tan adusto y poco imaginativo de enseñarla. Ello explica perfectamente por qué los estudiantes de Berlín a principios del siglo pasado, alentados por la actitud extrañamente antihistórica de Rudolf Virchow, decidieron que no querían sufrir jamás más exámenes de historia de la Medicina. Como espectador de muchas conferencias sobre la materia, letales en su monotonía y aridez, he admirado siempre, como contraste, la actitud mental de quienes, como Henry Sigerist, hicieron de sus cursos y conferencias sobre la historia de la Medicina algo dinámico, interesante y, sobre todo, divertido y ameno.

Pues la Historia no necesita tener lo que un "hombre fuerte" de Italia, por fortuna olvidado, describió como características del nefasto sistema político por él creado, "el puño cerrado y la cara seria". Esa ha sido desgraciadamente la actitud de tantos autores que aún consideran que la ciencia es enemiga de la jovialidad y de la imaginación, y que se horrorizan ante la idea de incluir en sus escritos y lecciones una expresión jovial, un comentario humorístico, o una alusión literaria de cualquier índole. El resultado es que la atención de su público se les escapa apenas comienzan a hablar, como se escapan las raudas golondrinas apenas ven acercarse al granjero con la escopeta.

Creo que la conferencia debe ser preparada meticulosamente, después de muchas semanas de lectura y anotaciones, y con la perspectiva que dan años de estudio y meditación, pero debe ser pronunciada cordial e "improvisadamente", con esa premeditada improvisación que requiere años de preparación, en contraste con la del político vulgar, que lanza audazmente un aluvión de palabras inflamadas sobre públicos que abren las ventanas de la emoción y cierran las del intelecto.

La improvisación oratoria

Puedo hablar con cierta autoridad sobre la improvisación en oratoria. En España, mi país natal, durante muchos años, y en especial durante los tres años de la mal llamada Guerra Civil, tuve que alternar mi trabajo médico y literario con la oratoria. Pronuncié entonces más de mil conferencias, charlas, discursos y arengas, con frecuencia improvisados, y siempre —fiel a la tradición oratoria española— sin ayuda de una sola nota escrita. A menudo dirigí la palabra a más de sesenta mil personas congregadas en plazas de toros; en una ocasión, mi discurso duró cuatro horas. Y no hay que

olvidar que la oratoria en España —tierra de oradores— requiere que el discurso sea erudito, florido, lírico, arquitectónico, sinfónico, emotivo, humorístico, ideológico, inspirado e inflamado. El público, educado en una escuela de alta oratoria, así lo exige del orador. Pero sólo el orador sabe las interminables semanas de lectura, escritura, meditación y desvelo que exige cada "improvisación".

La cortina de papel

La conferencia literaria, lírica o histórica bien preparada no debe ser léida, pues la cortina de papel aísla al conferenciante del público, ni tampoco debe ser recitada de memoria, porque entonces pierde su calor y espontaneidad. Debe estar minuciosamente preparada en cuanto al contenido y a la forma, pero no en cuanto a las palabras que se van a emplear. Las ideas, la técnica para expresarlas, han de estar esmerada y artísticamente preparadas; pero las palabras deben fluir espontáneamente e ir revistiendo el pensamiento del orador en presencia misma del público. Este es el único modo de convertir la conferencia en auténtico acto creador, en el cual participe el público de modo dinámico, al asistir al noble esfuerzo del conferenciante por ofrecerle ese mágico momento de la creación oratoria en que las ideas, que brotan desnudas y tiritando de su mente, se van ataviando, ante los ojos de todos, con el rico, policromo y cálido ropaje de bellos vocablos, vibrantes de luz y musicalidad.

Esa conferencia es una obra de arte superior a cualquier otra del ser humano, porque puede el hombre desarrollarla sin más ayuda que su conocimiento del tema, los matices de su voz y el movimiento de sus manos; palabras y ademanes con los que puede pintar, cincelar, componer una sonata verbal, dirigir el raudo ballet de las palabras que escenifiquen el drama de las ideas en el teatro encantado de la oratoria.

¿Pronunciar una conferencia de memoria o leerla?

Yo considero la conferencia como la suprema forma de esclarecimiento y diversión intelectual, ya se trate de una conferencia lírica, literaria, poética o narrativa; o como la más elevada forma de enseñar si se trata de una conferencia didáctica, pedagógica, destinada a enseñar algo relativo a las ciencias, la Medicina, las artes, las letras, la historia, la sociología, u otras ramas del saber.

En el caso de la conferencia lírica o literaria, lo ideal es pronunciarla sin necesidad de leerla. Ello requiere a veces semanas o aun meses de preparación, pensando y organizando el material básico sobre el que se va a hablar, mas no la forma en que se presentará, que ello le roba toda su espontaneidad y encanto a la conferencia. Las ideas del conferenciante, su tesis, su narración deben estar muy bien meditadas, pero la forma en que va a engalanar su pensamiento ha de fluir a medida que habla para dar así la oportunidad al público, en primer lugar de asistir al maravilloso proceso de la conversión espontánea de ideas, conceptos y creencias, en palabras, oraciones y párrafos, y en segundo término para lograr una mayor identificación espiritual entre el orador y el oyente, quien —al unísono con el orador— traduce en su mente y con sus propias palabras lo que escucha. Ese oyente es un colaborador del conferenciante, pasivo, si se quiere, pero colaborador al fin, que los buenos oradores y conferenciantes se guían a menudo por el interés la actitud y los gestos de su público.

En conferencias muy largas y esmaltadas de muchos datos, citas y aun fechas —pese a lo enemigo que soy, tanto en mis escritos como en mis conferencias, de dar fechas—, el texto puede escribirse de antemano siempre que el conferenciante recuerde que lo que está escribiendo es para ser leído, y que por lo tanto debe extremar su claridad, lucidez, precisión, eufonía y brevedad. Sobre todo, debe mantener un estilo "oral", hacer que las palabras escritas, leídas con voz y dicción puras y claras, resuenen como parte del diálogo espiritual sostenido en la sala entre el conferenciante y cada individuo del público. **Los dos oradores más grandes de la Historia han sido asimismo maestros en el arte de la conferencia: un estadista y escritor español del siglo pasado, Emilio Castelar, y un conferenciante contemporáneo, español también, ultramoderno en su técnica y sus enfoques líricos, Federico García Sanchíz,** cuya obra oratoria ha quedado por desgracia casi totalmente inédita, pues jamás podría reproducirse por escrito la gracia de sus gestos o su magnífica y vibrante elocución.

Sigmund Freud, otro brillante orador, pronunciaba sus conferencias sin leerlas y después, en la soledad de su despacho, ornamentado como una salita romántica de principios del siglo XIX, las escribía, recordando exactamente cuanto había dicho. De ahí la claridad "oratoria" de sus escritos, su vocabulario "popular" y preciso y su estilo "verbal", que hace que cuando le leemos, en realidad le estemos escuchando.

La conferencia leída

La oratoria, en cuanto a la conferencia y la política se refiere, ha sido mucho más elocuente en Europa que en las Américas, con excepción de oradores geniales cual José Martí, el poeta, literato y apóstol de la independencia cubana en el siglo pasado. **La tradición de leer los discursos es mucho más anglosajona que latina.** En Europa sería inconcebible que un miembro del cuerpo legislativo leyera sus discursos, y los políticos que lo han intentado nunca han sido populares. Se exceptúa a **Churchill, quien desarrolló la técnica de subrayar sus discursos con lápices de colores, y más que leerlos los recitaba,** si bien nunca llegó a alcanzar la elocuencia natural de un De Gaulle o un André Malraux, quienes pueden hablar sobre cualquier tema sin necesidad de texto escrito, ni siquiera de notas.

Lo que resulta imperdonable es el tipo de conferencia leída y que, en realidad, no es sino un artículo, ensayo o comunicación, para ser publicado y leído en la intimidad, no para ser impuesto por el conferenciante a un público cautivo. **Para ser dinámica, la conferencia escrita debe tener una elocuencia especial, y exige del conferenciante una máxima proyección de su personalidad y una interpretación de la lectura mediante inflexiones de voz, pausas (la pausa en la conferencia es tan importante como la propia palabra) y el gesto mesurado que debe acompañar a toda conferencia leída.**

Ideas y metáforas en la conferencia científica

¿Cuántas ideas debe contener una conferencia? Nuevamente hay que diferenciar la conferencia lírica, filosófica o literaria, en la que el número de ideas, conceptos y descripciones es prácticamente ilimitado, de la conferencia científica, en la que lo ideal sería que el oyente abandonara el salón habiendo aprendido —o confirmado— al menos una idea, concepto o descubrimiento. La conferencia lírica o literaria puede, y acaso debe, ser un mosaico policromo de palabras que haga viajar al oyente en el Pegaso de la fantasía y con las etéreas alas de la palabra mágica del conferenciante a través del tiempo y del espacio.

Pero las conferencias científicas —estoy hablando de conferencias, no de comunicaciones— deben ceñirse a un solo tema si se desea que sean provechosas, acaso desarrollándolo por métodos diferentes, y desde diversos puntos de vista, presentando la imagen del concepto que

se desea impartir, como se reproduce la imagen de una bella artista en su camarín mediante muchos espejos y desde ángulos diferentes que revelan perfiles y facetas distintos de la misma personalidad.

Pronunciar una conferencia científica no implica que ésta tenga que ser árida como una paramera castellana o un desierto africano. La metáfora y la imagen rica en colorido ayudan mucho a aliviar la inevitable aridez y monotonía de la conferencia científica, como una ave del Paraíso encendería con sus colores el paisaje gris de un desierto.

Algunos conferenciantes no temen incrustar sus conferencias científicas con citas y alusiones poéticas y literarias —las trufas del pastel. Recuérdense las conferencias de Sir William Osler, para quien las bellezas del pasado literario servían de heraldos de las verdades del presente científico. El lenguaje de la conferencia científica debe ser claro, libre de neologismos y siempre lúcido y humano, despojándose del manto de misteriosa austeridad que por desgracia visten aún las conferencias en nuestros congresos y reuniones científicas. Muchos conferenciantes aún temen y eluden bordar sobre la urdimbre de su tema científico unos pocos adornos literarios o poéticos. Ello es un grave error, y si el conferenciante está calificado para hacerlo, no debe temer el obsequiar a su público con las golosinas de unas cuantas alusiones poéticas. En Inglaterra las conferencias de Sir Walter Langdon-Brown eran modelos de teoría científica y de ornamentación literaria, y en España las de Pedro Laín Entralgo, uno de los más grandes historiadores de la Medicina en la Europa actual, son modelos de erudición clásica, modernismo en los conceptos y belleza literaria.

Mi pasión y reverencia por la palabra hablada se explica acaso porque mi vida fue hasta hace unos años eminentemente "oral" y también porque me crié en una tradición de grandes oradores y conferenciantes. Sin embargo, he comenzado a apreciar en ciertas ocasiones las virtudes de la conferencia leída, que sacrificando lo teatral y artístico de la conferencia hablada, tiene acaso más belleza, precisión y densidad de concepto, pese a la ya mencionada cortina de papel que se interpone entre el conferenciante y el auditorio.

Entreacto personal

Por cierto que mi "más ambicioso" proyecto literario, y en el que vengo trabajando durante muchos años,

es una novela titulada **Gesta**, la historia de un joven que posee el don de la palabra, gracias a lo cual llega a convertirse en el mayor dirigente político de España en la década de 1930-40, sólo para renunciar a su fama, poder y gloria cuando se percata de que su mensaje idealista y romántico no es interpretado como era debido y que las masas quieren convertir en movimiento político lo que él concibió como dinámico movimiento filosófico e idealista.

En mi opinión no hay nada más sublime —ni conmovedor— que un personaje, ya sea novelesco o real, a quien Dios ha dotado de un pico de oro y una voz argentina, puestos al servicio de una alma, una mente y un corazón puros. Cito, pues, mi novela **Gesta** solamente para poner de manifiesto una vez más mi apasionado y perdurable interés en la palabra hablada.

La palabra, creadora de humanidad

Además de servir para impartir conocimientos, tienen las palabras otra misión importantísima que es la de acercarnos unos a otros y, **al hablarnos, trocar nuestra soledad cósmica en compañía, mediante el mágico acto del diálogo.** Esa es acaso la misión más noble de las palabras, ser vehículo de sincera amistad entre los hombres, pues en el humilde acto de encontrarse dos hombres y hermanarse mediante las palabras de un saludo, se cimentan las bases humanas de la Historia, con toda su gloria y grandeza.